

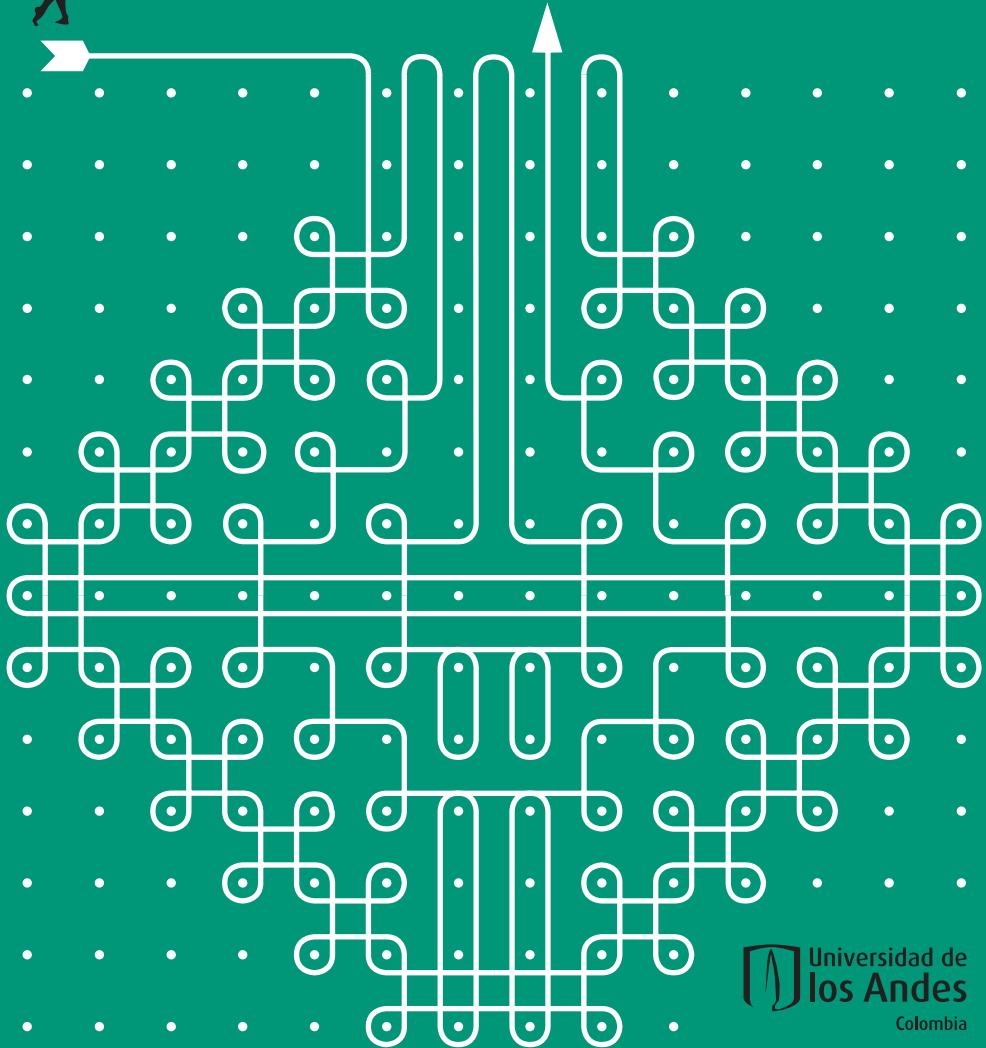
NADIE MATÓ A SUHURA

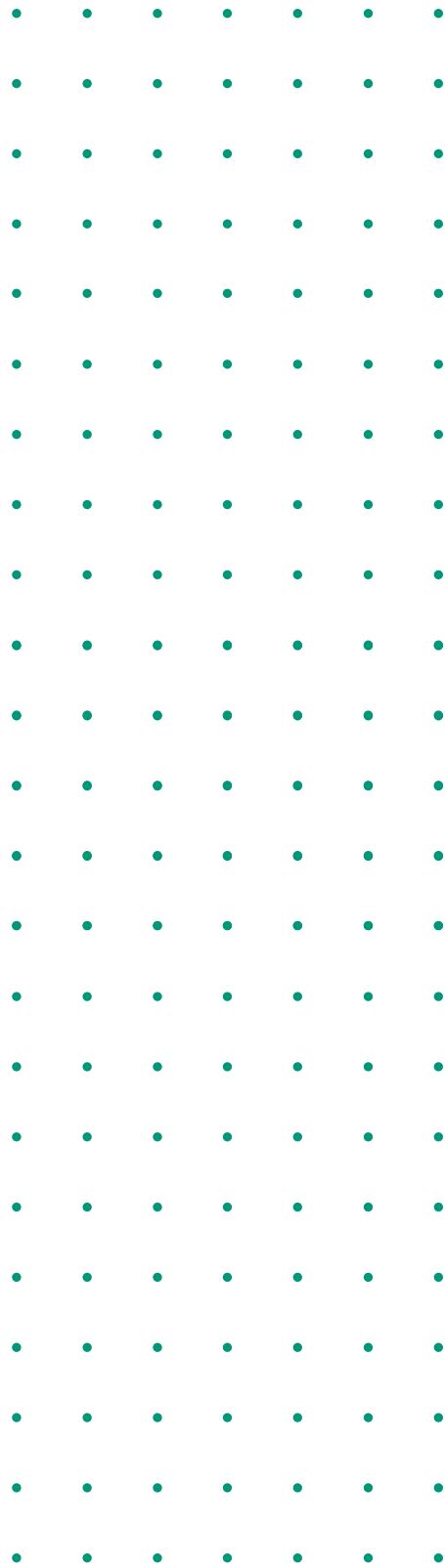
Y OTRAS OBRAS

Lilia Momplé



TRADUCCIÓN, PRÓLOGO Y NOTAS DE MARIANA SERRANO ZALAMEA









Cátedra de Estudios Portugueses
Fernando Pessoa



CAMÕES
INSTITUTO DA COOPERAÇÃO
E DA LÍNGUA
PORTUGAL
MINISTÉRIO DOS NEGÓCIOS ESTRANGEIROS



Colombia



DIREÇÃO-GERAL DO LIVRO, DOS ARQUIVOS E
DAS BIBLIOTECAS

Publicación auspiciada por la Cátedra
de Estudios Portugueses Fernando Pessoa,
creada mediante un protocolo de cooperación
entre el Camões - Instituto da Cooperação
e de Língua y la Universidad de los Andes,
con el apoyo de la Dirección General del Libro,
los archivos y las Bibliotecas de la República del
Libro, los Archivos y las Bibliotecas
de la República de Portugal.

NADIE MATÓ A SUHURA

Y OTRAS OBRAS

NADIE MATÓ A SUHURA Y OTRAS OBRAS

Lilia Momplé

TRADUCCIÓN, PRÓLOGO Y NOTAS DE **MARIANA SERRANO ZALAMEA**

COORDINADORES DE LA COLECCIÓN:
JERÓNIMO PIZARRO Y NICOLÁS BARBOSA

Nombre: Momplé, Lilia, 1935 - autor. / Serrano Zalamea, Mariana, traductor.	
Título: Nadie mató a Suhura y otras obras / Lilia Momplé; traducción, prólogo y notas de Mariana Serrano Zalamea.	
Descripción: Bogotá: Universidad de los Andes, Facultad de Artes y Humanidades, Departamento de Humanidades y Literatura, Ediciones Uniandes, 2025. 283 páginas; 15 x 24 cm. Labirinto	
Identificadores: ISBN 978-958-798-850-5 (rústica) 978-958-798-849-9 (e-book) 978-958-798-851-2 (e-pub)	
Materias: Novela portuguesa – Autores mozambiqueños – Siglo XX Mozambique – Historia – Novela Mozambique – Condiciones sociales – Novela	
Clasificación: CDD 869.35–dc23	SBUA

Ninguém Matou Suhura (1988); *Neighbours* (1995); *Os Olhos da Cobra Verde* (1997)

Maputo: Associação dos Escritores Moçambicanos (AEMO)

© Lilia Momplé, autora de la obra original en portugués

© Mariana Serrano, por la traducción, el prólogo y las notas

Primera edición: diciembre del 2025

© Universidad de los Andes, Facultad de Artes y Humanidades,
Departamento de Humanidades y Literatura

Ediciones Uniandes

Carrera 1.^a n.^o 18A-12, bloque Tm

Bogotá, D. C., Colombia

Teléfono: (601) 339 4949, ext. 2133

ediciones.uniandes.edu.co

ediciones@uniandes.edu.co

ISBN: 978-958-798-850-5

ISBN e-book: 978-958-798-849-9

ISBN epub: 978-958-798-851-2

DOI: <http://doi.org/10.51573/Andes.9789587988505.9789587988499.9789587988512>

Revisión de la traducción y corrección de estilo en español: Patricia Torres

Corrección de pruebas: Manuel Romero

Diseño de colección y diagramación: Ignacio Martínez-Villalba

Imagen de solapa: Lilia Momplé, de la Associação dos Escritores Moçambicanos (AEMO)

Impresión:

La Imprenta Editores S. A.

Calle 77 n.^o 27A-39

Teléfono: 601 240 2019

Bogotá, D. C., Colombia

Impreso en Colombia – *Printed in Colombia*

Universidad de los Andes | Vigilada Mineducación. Reconocimiento como universidad: Decreto 1297 del 30 de mayo de 1964. Reconocimiento de personería jurídica: Resolución 28 del 23 de febrero de 1949, Minjusticia. Acreditación institucional de alta calidad, 10 años: Resolución 000194 del 16 de enero del 2025, Mineducación.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida ni en su todo ni en sus partes, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electro-óptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

CONTENIDO

EL PASADO VIVO DE MOZAMBIQUE EN LA NARRACIÓN DE LÍLIA MOMPLÉ | 11

Mariana Serrano Zalamea

NADIE MATÓ A SUHURA | 21

Prefacio | 23

Luis Bernardo Honwana

Sucedió en Saua-Saua | 27

Cañaduzal | 37

El baile de Celina | 48

Nadie mató a Suhura | 61

I. El día del señor administrador | 61

II. El día de Suhura | 74

III. El final del día | 82

La última pesadilla | 85

NEIGHBOURS | 95

Breve información sobre el título
de este libro | 97

SIETE DE LA NOCHE | 101

En la casa de Narguiss | 103

En la casa de Leia y Januário | 109

En la casa de Mena y Dupont | 116

NUEVE DE LA NOCHE | 123

En la casa de Narguiss | 125

En la casa de Leia y Januário | 131

En la casa de Mena y Dupont | 143

Dupont | 144

Zalíua | 153

Romu | 164

ONCE DE LA NOCHE | 175

En la casa de Narguiss | 177

En la casa de Leia y Januário | 185

En la casa de Mena y Dupont | 191

UNA DE LA MAÑANA | 201

En la casa de Narguiss | 203

En la casa de Leia y Januário | 205

En la casa de Mena y Dupont | 208

OCHO DE LA MAÑANA | 211

Los muertos y los vivos | 213

LOS OJOS DE LA COBRA VERDE | 219

Los ojos de la Cobra Verde | 221

El sueño de Alima | 237

Xirove | 246

Era otra guerra | 256

GLOSARIO | 269

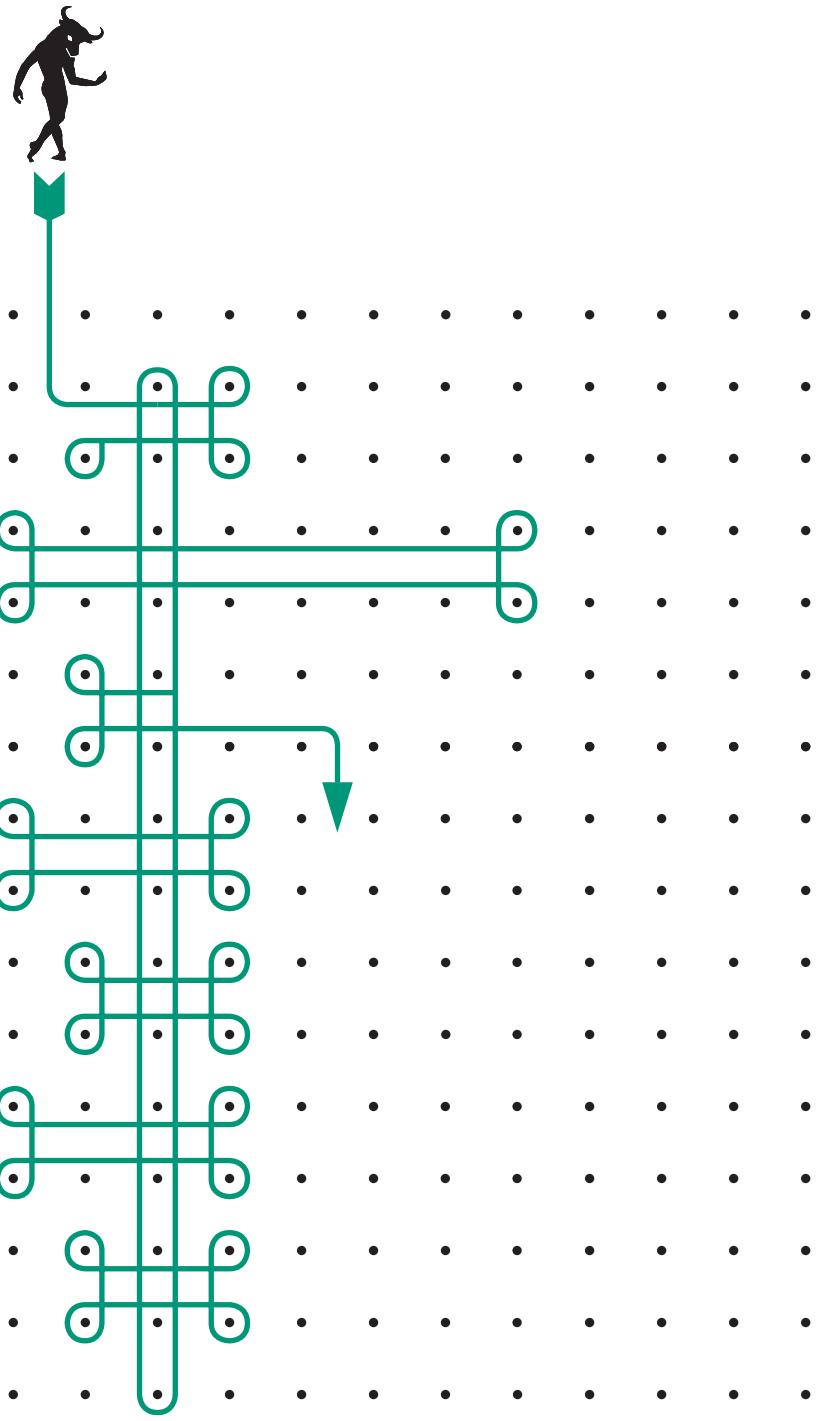
CRONOLOGÍA | 277

BIBLIOGRAFÍA | 279

NOTA SOBRE LA PRESENTE EDICIÓN | 281

EL PASADO VIVO DE MOZAMBIQUE EN LA NARRACIÓN DE LÍLIA MOMPLÉ

Mariana Serrano Zalamea



LÍLIA MOMPLÉ (ILHA DE MOÇAMBIQUE, 1935) ES UN TESTIMONIO vivo de tenacidad y creatividad en la narrativa mozambiqueña del siglo pasado y hasta la actualidad. En ese país, hasta hace pocas décadas la población negra y las mujeres eran ciudadanos de segunda categoría. No es gratuito que muchos de sus relatos graviten en torno de estos dos temas. Detrás de esa marginación y opresión, por supuesto, está la marca colonial no sólo de Portugal, la metrópoli en este caso, sino también de vecinos incómodos como Rodesia, primero, y luego Suráfrica, que ejerció sin tregua una dominación violenta y desigual.

Nació en Ilha de Moçambique en 1935. Es autora de *Ninguém matou Suhura* (1988) y *Os olhos da Cobra Verde* (1995), y es una de las escritoras más reconocidas de la literatura africana en lengua portuguesa. En 1995 se convirtió en la secretaria general de la Asociación Mozambiqueña de Escritores y posteriormente fue miembro del consejo de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (Unesco). Su obra ha recibido el Premio José Craveirinha de Literatura y el Premio Caine para Escritores de África, entre otros. *Neighbours* es su única novela traducida al español¹, ya publicada en inglés, francés e italiano.

Esta recopilación de su obra narrativa para la colección Labirinto² recoge los tres títulos mencionados. Los dos primeros son traducidos

¹ *Neighbours* fue traducida por Alejandro de los Santos Pérez para la editorial Libros de las Malas Compañías – Colección Libros del Baobab, Madrid, 2022.

² También forman parte de la colección Labirinto otros escritores mozambiqueños como João Paulo Borges Coelho, con la novela *Crónica de la calle 513.2*, traducida por mí; Lídia Jorge, con la novela *La costa de los murmullos*, traducida por Felipe Cammaert, y Paulina Chiziane, con *Niketche. Una historia de poligamia*, traducida por Pere Comellas.

por primera vez al español y se suma esta nueva versión en español de la novela. Navegar por esta obra significa, ni más ni menos, adentrarnos en la historia y la memoria del proceso de independencia mozambiqueño y en la guerra en que se sumió el país desde 1975 hasta 1992; Momplé escribe múltiples relatos cuyos personajes e historias sucedieron en esos años.

La historia de Momplé es indisociable de la historia de Mozambique: fue testigo del proceso de independencia que resultó en un gobierno autoritario de marca socialista; de la guerra y los conflictos internos entre el Frente de Liberación de Mozambique (Frelimo) y la Resistencia Nacional Mozambiqueña (Renamo); de la firma de la paz, en 1992, después de diecisiete años de enfrentamiento, y de las huellas indelebles que dejó en la cultura, los imaginarios, la política y las dinámicas socioeconómicas del país.

Es inevitable hacer un paralelo con la historia reciente de Colombia. El conflicto interno, por supuesto de distinta naturaleza, ha signado la vida tanto de mozambiqueños como de colombianos. Los lectores colombianos de Momplé se sentirán interpelados por los relatos poblados de personajes que viven de una u otra forma en un contexto atravesado por muchos años de violencias de toda índole. Muchas de estas vivencias son plasmadas con maestría por la escritora. En una confluencia de hechos y ficción, la minuciosidad de las descripciones y la complejidad psicosocial de los personajes que recrea dan cuenta de una sensibilidad y una mirada particulares sobre las décadas anteriores y posteriores a la independencia mozambiqueña. Se puede pensar en un registro cercano a la crónica, en su vertiente más literaria. La imbricación entre el tiempo y la narración, así como la alusión a hechos que, de seguro, sucedieron en las vidas de mozambiqueños de carne y hueso, son muestra de ello.

El ritmo y flujo de la escritura de Momplé son un reto para la traducción de la variante mozambiqueña del portugués al español. La escritura, aparentemente sencilla, es fruto de un trabajo minucioso de recreación de atmósferas, escenas y voces de los personajes. La misma autora se encargó de adjuntar glosarios al final de sus libros de relatos y de la novela, y esos glosarios recogen términos provenientes de la lengua *macua* —hablada, sobre todo, en el norte del

país donde ella nació—, siglas referentes a agrupaciones políticas locales y palabras alusivas a la riqueza gastronómica del país. En ese sentido, la labor de trasposición del universo sociocultural al español ha sido parcialmente allanada por la misma Momplé.

Traducir esta cadena de relatos y la novela significó una inmersión en la poética narrativa de esta autora. Una característica común de estos escritos es su capacidad para relatar historias complejas, cuyos personajes enfrentan dilemas que los ponen entre la vida y la muerte, que los enfrentan a las visiones del mundo que los circunda y, en el caso de las mujeres con proyectos de vida independientes, a un medio en el que su condición de género implica estar relegadas a un segundo plano o competir y convivir con otras mujeres que conforman núcleos de relaciones poligámicas, entre otras situaciones que Momplé representa con destreza.

Los relatos que componen los libros *Ninguém matou Suhura* y *Os olhos da cobra verde* dan cuenta de las múltiples y complejas capas de Mozambique: no hay una sola religión ni una sola lengua; prácticas como la poligamia atraviesan las relaciones familiares; el país tiene una geografía diversa y variada, que ha sido el paisaje del conflicto interno, y la dominación ejercida por poderes coloniales y locales ha marcado el comportamiento político, atravesado, a su vez, por la presencia del *apartheid* irradiado desde Suráfrica, y también por las huellas dejadas por los regímenes anterior y posterior a la independencia.

La manera como Momplé presenta las escenas y los escenarios no se queda en la mera denuncia; tiene la virtud adicional de redondear los relatos, dejando abierta la posibilidad de que los lectores agudos completen las historias a la luz de sus propias miradas y sensibilidades. En la presentación a la edición en portugués de *Ninguém matou Suhura*, Luis Bernardo Honwana dice con elocuencia que en las historias de este libro «es innegable que la simpatía (o identificación) con los ultrajados, los agredidos, viene junto con el entusiasmo del testimonio auténtico, la vehemencia del hecho vivido»³. Honwana recalca que, en el caso de Momplé, la «narración del sufrimiento»

³ Prefacio de Luis Bernardo Honwana a la edición de la Associação dos Escritores Moçambicanos, 1988.

que ha sido fuente de alguna literatura mozambiqueña no se impone a la búsqueda formal ni a la plasticidad del lenguaje.

Un ejemplo de los tópicos que aborda Momplé y de la forma que les imprime es el relato «Nadie mató a Suhura», que da título a este libro; aquí es palpable cómo la narradora mozambiqueña entrelaza generaciones y espacios y describe las situaciones de una manera vívida y conmovedora. Recoge la historia de una niña huérfana criada por la abuela, que al despuntar la adolescencia cae en la mira de un hombre maduro y depredador. Es una historia que, sin duda, se toca con la biografía de la narradora, pues sucede en la Ilha de Moçambique. Una de las escenas memorables del relato es el momento en que las niñas y adolescentes del pueblo van a la playa a recoger mariscos para el almuerzo, en una tradición muy propia del lugar⁴. Es de destacar la forma en que Momplé logra entretejer momentos como este, de profunda poesía, con otros en los que aflora la crueldad sin ambages ni paños de agua tibia.

La recuperación de mitos también está presente en la poética de Momplé. En la historia que cuenta «Los ojos de la Cobra Verde», la dimensión mágica aparece en el diálogo entre Facache, la anciana protagonista, y la serpiente:

«¿Eres tú la Cobra Verde de la tierra de mi padre? Viniste a parar aquí, tal vez como yo, huyendo de tanta guerra, ¿no es así?», le pregunta, en voz alta, pues tiene la extraña sensación de que la Cobra le entiende. Esta se limita a mirar a la vieja con los alegres ojos esmeralda, en cuyo fondo brilla una ironía amiga. «Sí, yo soy la Cobra Verde de la que tu padre hablaba. Estás sorprendida, ¿no es así? Pero soy yo y vengo a darte una buena noticia, créeme», parece decir la Cobra, antes de enmontarse de nuevo en la maleza, de forma tan repentina como apareció en el camino.

⁴ En el marco del encuentro virtual «Entre as línguas maternas, avoengas e oficiais», organizado por la Casa Looren (10-11-2023), la documentalista mozambiqueña Yara Costa recalcó que la comprensión de la lengua y la cultura de la Ilha de Moçambique tiene que ver con el mar, los vientos, la luna y la pesca, tan presentes en las canciones y la tradición local. Esto es evidente en el relato de Momplé.

Durante los años ochenta, Mozambique estuvo sujeto a constantes agresiones y sabotajes por parte del régimen del *apartheid* y el supremacismo blanco surafricano, que no permitía la soberanía en el gobierno del país vecino. Estas son las circunstancias que enmarcan el título de la novela *Neighbours*, en la que Lília Momplé describe lo que sucede en Maputo, en tres casas diferentes, desde las siete de una noche oscura de mayo, durante una celebración musulmana, hasta las ocho de la mañana siguiente. En el prólogo a la edición en portugués de la Asociación de Escritores Mozambiqueños (1995), Momplé dice explícitamente que quería lograr algo que no se restringiera a evocar un episodio sino que expresara las sensaciones de asfixia y vulnerabilidad que viven los personajes de la narración. Allí Momplé cuenta que,

un día, al apreciar una exposición de la pintora Catarina Temporario [...] me encontré con un cuadro extrañamente seductor. El lienzo estaba enteramente ocupado por una garra arqueada y envolvente, pintada en tonos cargados de una agresividad cruenta. El título de la obra era «*Neighbours*» y se refería a la siniestra vecindad del *apartheid*.

Al igual que en los relatos de las anteriores colecciones, Momplé dedica muchas páginas de la novela a las mujeres que representa. Son inolvidables las protagonistas de las tres historias que confluyen en la novela: Narguiss, la mujer madura *macua* que espera desolada a un marido que la dejó por otra, después de una cadena de infidelidades en el ejercicio de la poligamia; Leia, la costurera y madre de una niña de brazos, luchadora de tiempo completo, que no ceja en su empeño de conseguir una vivienda permanente así sea sometiéndose al acoso e intento de abuso de un funcionario público; y Mena, la mujer atractiva, sometida por un marido violento y machista, que presencia la transformación de ese hombre en asesino y la planeación de una masacre orquestada por surafricanos y colonos portugueses. Las tres son mujeres que muestran una fortaleza inusitada en los momentos cruciales de su vida, aunque sólo Mena sobrevive al intento. La novela es la confluencia de tres historias, tres trayectorias y tres conflictos que desembocan en una noche marcada por un acto

de violencia instigado por mercenarios a sueldo que se apoyan en personas locales.

Allí se tocan la ficción y la memoria, sin que se perciba dónde empieza la una y dónde termina la otra. No en vano, Lília Momplé ha insistido en que «quien no conoce su pasado está condenado a repetirlo»⁵. Salta a la vista que ella tiene muy claro que no puede escribir al margen del pasado de su país; ese pasado que trae al presente de su escritura y que, a la vez, se proyecta hacia el futuro en la memoria y en una comunidad mozambiqueña imaginada y posible.

Lília Momplé desde ella misma

La escritura de esta narradora es una muestra del pensamiento antirracista y feminista de Mozambique y de las letras africanas en portugués. Momplé le atribuye su persistencia en la escolaridad, y luego en la escritura, a una profesora que tuvo en la escuela primaria, en la Ilha de Moçambique, durante cuatro años.

Se llamaba Piedad Teixeira, era blanca pero no colonialista. Había llegado con su marido de Portugal, pero no tenía ningún tipo de ideas colonizadoras. Me tenía mucho cariño y pensaba que yo era muy inteligente. Fue algo muy positivo para mi vida. Porque un profesor puede ser algo muy importante en la vida de una persona, ya que puede dar o quitar autoestima. Aquella señora solía decir: «Esta niña tiene una gran alma, es muy inteligente». Yo realmente pensaba que algo de verdad habría al ver a mi profesora decir algo así. Y me ayudó mucho. Me crié y me eduqué con muy pocos complejos [...]. Mi profesora fue una especie de ángel de la guarda.

Más adelante, y sin desistir del propósito de educarse, a los diez años se fue sola para Lourenço Marques (actual Maputo), al colegio Infantte Dom Henrique y al Liceo Salazar. Le atribuye esta determinación

⁵ Momplé expresó esta famosa frase en la entrevista disponible en línea en: <https://www.afribuku.com/lilia-momple-literatura-feminismo-mozambique/>

a la postura feminista de su madre, quien creía en la capacidad de las mujeres y en ella como hija, y al padre que la impulsó a no aceptar discriminaciones por su condición. En séptimo grado fue la mejor del curso pese a ser mulata y pobre y a no tener conexiones con la alta sociedad de la capital del país. Se contaban con los dedos de una mano los mulatos que asistían a un instituto de mil alumnos. Dice que nunca tuvo un compañero negro:

¿Se da cuenta de lo que era la colonización? *Aunque la colonización fue lo que me hizo escribir.* Algo tan negativo fue lo que influyó en mi escritura. Porque tenía que librarme de esa carga psicológica que un niño o un joven tiene que vivir en una sociedad hecha al contrario, en que había unas pocas personas de una raza que mandaban sobre millones de otra raza. No sabía bien lo que era, pero allí había algo que estaba muy equivocado y que me hacía sufrir [énfasis del original].

Las buenas calificaciones le permitieron conseguir un apoyo para viajar a estudiar inglés a Portugal. Había demostrado talento para las lenguas: estaba aprendiendo francés e inglés y hablaba muy bien *macua*. Sin embargo, los colonizadores intentaron erradicar el uso de esa lengua y a Lília Momplé le prohibieron incluso que la hablara; pero era la lengua de sus abuelos y, sobre todo, de las historias que le contaba su abuela desde que nació. Aprobó el curso de inglés de manera sobresaliente. Además de idiomas, estudió Trabajo Social. Al regresar a Mozambique conoció a quien sería su esposo y compañero de vida. Con él viajó a Brasil, donde vivió algún tiempo. Después de intentar tener hijos sin éxito, renunció a ser madre y canalizó esa energía hacia los múltiples alumnos que tuvo durante largos años de docencia.

Cuando reflexiona sobre por qué empezó a escribir, dice:

Nadie empieza a escribir por casualidad. Tuve una abuela, mi abuela Maiassa, mi abuela *macua*, que tenía la costumbre de contarme historias por la noche, antes de dormir, la historia del rey, la del león, la del leopardo, de la princesa, de los hechiceros, de la cobra. Por eso me enfadé tanto cuando me prohibieron hablar *macua*.

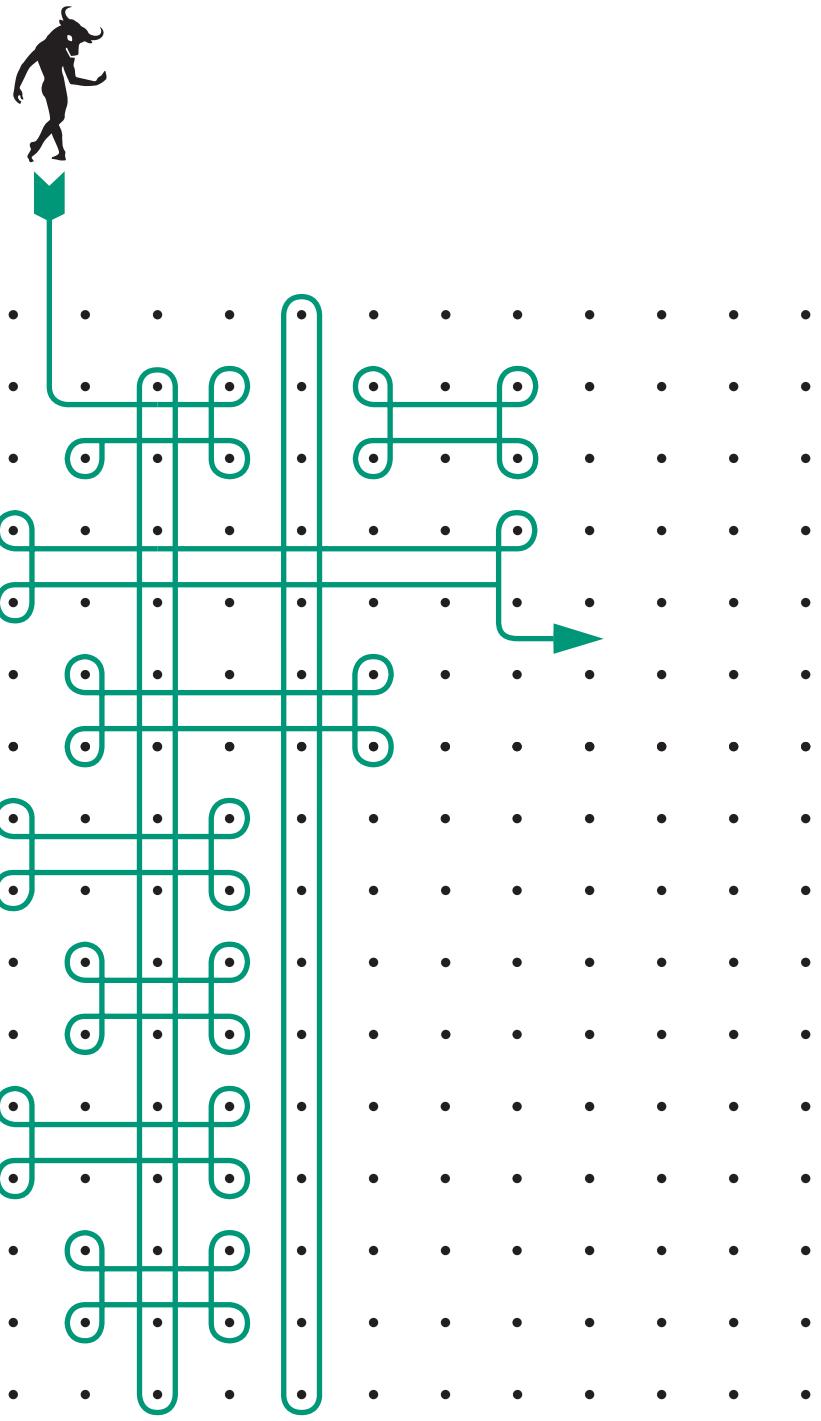
Cuando la escuchaba, me decía que ojalá pudiera contar las cosas de forma tan hermosa como mi abuela. En aquel momento aún no sabía que me gustaría escribir. Otro de los motivos fue el hecho de haber nacido en Ilha de Moçambique y haber vivido allí mi infancia. Es una isla mítica, mágica, la gente que vive allí de cierta forma es empujada a ser poeta, a ser cantante. [La] Ilha es así. También, por el hecho de que mis profesores de portugués hayan elogiado mis redacciones. Pensaba [que] si mis profesores piensan que mis escritos son tan bellos, tal vez pueda escribir. Y, por último, el simple hecho de que lo que más me gusta del mundo es escribir, es como más feliz me siento. Ese es el gusanillo.

No cabe duda de que la biografía de Lília Momplé es excepcional. Su vida y su trayectoria en la narrativa mozambiqueña y de habla portuguesa se destacan por una mirada que trasciende las cortapisas de su época y una postura valiosa por la conciencia que tiene sobre dejar registro de la memoria de años dramáticamente cruciales para ese país del sur de África. No deja de ser un regocijo que los lectores hablantes de español y, en particular, los colombianos podamos conocer una poética tan distante geográficamente, pero tan próxima en términos de referentes comunes por la diversidad y riqueza culturales y por la impronta que ha dejado el conflicto interno en los dos países.

Referencias

- Encuentro virtual «Entre as línguas maternas, avoengas e oficiais», organizado por la Casa Looren de Traducción, 10 de noviembre del 2023. Participantes: Teresa Manjate (Centro de Estudios Africanos, Universidad Eduardo Mondlane, Maputo), Adalberto Muller (Universidad Federal Fluminense, Río de Janeiro) y Yara Costa (cineasta mozambiqueña).
- Entrevista a Lília Momplé. Disponible en línea en: <https://www.afribuku.com/lilia-momple-literatura-feminismo-mozambique/>.
- Honwana, L. B. (1988). Prefacio a Ninguém matou Suhura. Associação dos Escritores Moçambicanos, Maputo, 1988.
- Momplé, L. (1995). *Neighbours*. Traducción de Alejandro de los Santos Pérez. Libros de las Malas Compañías (Colección Libros del Baobab), Madrid, 2022.

NADIE MATÓ A SUHURA



Prefacio

LÍLIA INSISTE EN UN TEXTO INTRODUCTORIO MÍO A ESTE LIBRO suyo de estreno. Accedo a eso que podría ser el cumplimiento inocuo de los deberes de la amistad, tan sólo por la oportunidad que se me ofrece de resaltar la importancia de un cierto tipo de postura literaria del cual Lília es un ejemplo afortunado y significativo. Porque a mí no me gusta entrometerme así, entre el título y el texto, entre el autor y el lector, para decir lo que en la mayor parte de los casos es superfluo y, no pocas veces, nocivo.

Se justificaría más la intromisión de un prefacio cuando el texto a introducir, tratándose de ficción, desde luego, no sea de un contemporáneo o cuando la materia por él tratada sea extraña a la vivencia del lector probable, cuando al final la ausencia de elementos de contexto histórico, ambiental o de otra forma cultural perjudique la plena comprensión del texto.

No es el caso de este libro, «Nadie mató a Suhura», al menos en lo que respecta al lector mozambiqueño. Efectivamente, Lília Momplé nos conduce a un pasado que es cercano a la experiencia de la generalidad de los mozambiqueños de hoy, no sólo porque es reciente sino también, y más importante, porque constituye uno de los puntos de referencia del proceso mozambiqueño.

Las historias de este libro retratan situaciones del conflicto que se desprenden de la ocupación extranjera de nuestro país. Son historias que ilustran la Historia y que, a la fuerza, invitan al lector a volver a analizar nuestra cotidianidad en este tiempo de balances y cambios.

Si no existiera otro, ese ya sería un mérito destacable de este trabajo de Lília Momplé.

Al leer las historias que hacen parte de este libro uno se imagina lo que la autora se habrá dicho a sí misma cuando fue testigo de

algunas de las situaciones aquí descritas, en el momento en que sucedían. «Un día yo las escribiré»: las palabras de frustración y desafío, temor y rescate que, a lo largo de la historia, habrán desencadenado tantas vocaciones literarias. ¿Te las ha contado Lília Momplé? Entonces es creíble, si observamos la preocupación por fechar y ubicar espacialmente las historias. Y, en las propias historias, es innegable que la simpatía (o identificación) con los ultrajados, los agredidos, viene junto con el entusiasmo del testimonio auténtico, la vehemencia del hecho vivido.

Es un recorrido autobiográfico, por lo tanto, ¿más crónica que ficción, o lo «verídico» sustituyendo lo «novelesco», en una escritura por eso mismo irremediablemente «fechada»? Esos son criterios para los críticos que juzgan lo que está de moda. Salgámonos de esa querella, dejando dicho que a la literatura no le puede repugnar la verdad y que el temario de la ficción mozambiqueña no puede ser amputado por pudor, tibieza o negligencia, de esa dimensión recurrente en todo el intento por explicar la realidad que vivimos: la agresión colonial.

La «narración del sufrimiento», como se dice entre nosotros, no es evidentemente la única fuente de la literatura mozambiqueña; afortunadamente hay tantas y buenas obras que lo prueban. La austereidad clasicista que Lília escogió poner en práctica en estas historias (en donde la linealidad del hilo narrativo no perjudica la frescura y la fuerza evocativa) no se enarbola en repudio de la búsqueda formal, en contra de la plasticidad del lenguaje por la transgresión de la norma, por el cuestionamiento de la estructura. La literatura es un espacio de libertad en donde caben los iconoclastas y los otros.

Lo que Lília escribe enaltece y enriquece la literatura mozambiqueña no sólo por el valor testimonial, sino también por las otras dimensiones que se hacen presentes cuando salimos de la crónica periodística y entramos en el campo de la ficción. Cabe decirle a Lília que menos mal le llegó al fin el día de escribir, prometido desde hace tanto tiempo.

LUÍS BERNARDO HONWANA, 1988

*Feliz el pueblo
que sabe transformar
el sufrimiento y el desespero
en arte y amor**

* Estos cuentos están basados en hechos verídicos, aunque los lugares y las fechas no siempre corresponden a la realidad.

Los términos que aparecen en itálicas a lo largo de los relatos y de la novela se amplían al final del libro, en el glosario. La escritora preparó unos glosarios originales en sus obras que fueron aumentados con términos que, a mi juicio, debían acompañar la traducción para los lectores de habla hispana. [Nota de la traductora]

Sucedió en Saua-Saua

Junio de 1935

MUSSA RACUA SE APROXIMA LENTAMENTE A LA CHOZA DE Abudo. Todo el cansancio de un día entero de caminatas infructuosas se concentra en la mirada, cuya melancólica serenidad refleja una tristeza sin esperanza. Aunque lento, su andar no revela el esfuerzo emprendido desde la madrugada, recorriendo sin descanso largas distancias entre las chozas de los amigos y los conocidos. Camina con pasos firmes, con la cabeza erguida, el bello cuerpo espigado bien recto. La ansiedad y la dolorosa rebelión que lo queman, él sabe esconderlas dentro de sí. Sólo los ojos, demasiado serenos, demasiado fijos, denotan la resignada fatiga del jugador que lo ha perdido todo.

Abudo es su última esperanza. Sin embargo, una esperanza tan remota y huidiza que, lejos de animarlo, lo llena de pavor. No retrocede sólo para poder decirse a sí mismo que luchó hasta el final.

Como si ya lo esperara, el amigo lo recibe recostado contra la pequeña puerta azul de la choza.

—Buenas tardes, hermano —saluda al recién llegado.

—Buenas tardes —replica Abudo.

Se dan las manos a la manera de los macuas del litoral, apretándolas dos veces, oblicuamente.

—¿Salama?

—Salama.

Abudo ya debe saber lo que el amigo busca. Las chozas de Saua-Saua están muy dispersas pero, por una extraña razón, las noticias de la muerte y la desgracia se propagan rápidamente, como si fueran llevadas por la inquieta brisa que acaricia las hojas de los palos de mango. Los dos amigos se miran fijamente por un momento y Mussa Racua comprende de inmediato que el otro ya lo sabe todo.

—Entra —dice Abudo.

Mussa Racua tiene que agacharse un poco para franquear la tosca puertica pintada de azul. Esa puerta es el orgullo de Abudo, así como las dos ventanitas igualmente pintadas de azul. Un azul claro y lustroso, de un lujo contrastante con la pobreza del resto de la choza, cuya *mataca* ya se desgastó en varios sitios.

El pequeño compartimiento hacia donde Abudo lleva al amigo está limpio y es fresco, con el suelo de tierra pisada cubierto por una gran estera. Como único mobiliario, además de la estera, hay un banquito de tres patas, una moringa de barro y una *catha*, todo bien arreglado en un rincón.

Los dos amigos se sientan en la estera, uno frente al otro. Un silencio expectante se cierne en el ambiente, e incluso las voces de los niños que charlan en el patio suenan distantes y extrañas como un eco.

—Mal año este, hermano —dice al fin Abudo, en la dulce lengua *macua*.

Mussa Racua lo mira con gratitud. El amigo quiere, al menos, ahorrarle las palabras que desde la madrugada viene repitiendo, repitiendo en todas las chozas, repitiéndolas hasta que casi pierden sentido.

—Me dijeron que andas buscando arroz para entregar en la Administración.

—Desde ayer —responde Mussa Racua—. Tú eres el último amigo al que vengo a pedirle ayuda. Sé bien que todavía te debo medio bulto que me prestaste el año pasado... Por eso no quería pedirte otra vez. Pero he de pagarte. Tú sabes que yo pago. Me faltan dos bultos este año. Desde ayer estoy buscando y no he conseguido nada. Si me pudieras dar dos bultos yo...

—Este fue un año maldito. Casi no cayó agua... —interrumpe Abudo.

Mussa Racua ni siquiera lo oye. Repite obstinadamente las mismas palabras en frases cortas y con sollozos. De repente, nota que Abudo balancea suavemente el cuerpo y que tiene los ojos pegados a la estera.

«No vale la pena continuar aquí. Este tampoco puede socorrermee», piensa Mussa Racua, asaltado por un súbito e irreprimible cansancio.

Hace el ademán de levantarse. Sin embargo, lo que el amigo le dice ahora lo paraliza como si hubiera recibido un puñetazo, inesperado, en pleno rostro.

—¡Yo también voy para la plantación, hermano! Como tú y como tantos otros este año.

—¡No puede ser! —grita Mussa Racua.

—¿Por qué no? Tampoco logré sacar el arroz que ellos quieren. Por lo tanto, tengo que ir a la plantación —responde Abudo con una calma triste.

Mussa Racua lo mira boquiabierto. Venciendo al fin el asombro, se aproxima un poco al amigo y le habla casi en un murmullo.

—Pero tú siempre logras zafarte. El terreno que te asignaron queda en una hondonada. No tienes que estar como yo, siempre suplicando que llueva. ¿Y por qué no fuiste a pedirles ayuda a los amigos?

—¡Sí fui! Fui a donde los que yo pensaba que me podían ayudar. Pero este año, como tú sabes, ni siquiera esos. La mayoría no tiene arroz que alcance para escapar de la plantación. Otros sólo lograron lo suficiente para entregar en la Administración.

—¿Tu mujer ya sabe? —pregunta Mussa Racua.

El otro encoge los hombros como quien considera que la pregunta es inapropiada.

—Sí, sabe. ¿Cómo no habría de saberlo?

—¡Ah! Sí, tienes razón... Tiene que saber... ¡claro! Pero tú no te imaginas lo que es eso... ¡No tienes miedo porque nunca estuviste allá!

Abudo no responde nada. La angustia de los gestos y las palabras del amigo atraviesan poco a poco la barrera de resignación que había logrado construir dentro de sí mismo, desde que constató que sí tendría que ir a la plantación.

—¿Cómo sabes que no tengo miedo? —pregunta finalmente—. Pero ¿qué podemos hacer? ¡Dime! ¿Eres capaz de pensar qué podemos hacer?

Y las últimas palabras suenan cargadas de una ironía amarga.

—¡No sé nada! Sólo sé que no aguento la plantación por segunda vez.

—Pero ¿qué hacemos? —repite Abudo, ya con un ápice de desespero en la voz—. ¡Dime, hermano! El colono es el que manda, ¿cómo es que tú no vas para la plantación si no tienes el arroz que ellos quieren? Si huyes, te cogerán como a los otros. Y entonces vas a tener que ir para allá todos los años. Casi todos los que cogen acaban por morir allá. Sabes eso muy bien...

—Pero tú ya viste hermano, ¿qué es esta vida que llevamos? —interrumpe Mussa Racua—. Viene esa gente de la Administración y te marca un terreno. Te dan semillas que no pediste y dicen: tienes que sacar de aquí tres bultos, o seis o siete bultos, según se les da la gana. Y si por cualquier razón nos enfermamos, o no cae lluvia, o las semillas están malas, y no logramos entregar el arroz que ellos quieren, vamos a parar allá a las plantaciones. Y los dueños de las plantaciones quedan contentos porque consiguen un montón de hombres para trabajar gratis. Y la gente de la Administración queda contenta porque recibe de los dueños de las plantaciones un tanto por cabeza entregada. Y somos nosotros los que vamos reventándonos de miedo y de trabajo todos los años. Y casi no podemos cuidar nuestras *machambas*, que ni siquiera dan para comer.

Abudo lo escucha cabizbajo, mientras que una rabia impotente crece dentro de él.

—¡Oye! —continúa Mussa Racua, en una exaltación febril—. Yo nunca te hablé de ese sufrimiento. Ninguno de los que pasa por la plantación quiere volver a hablar de eso. ¡La comida sabe a mierda! Y con todo y eso sólo es suficiente para que un hombre aguante el trabajo. Y esa cabuya que nunca se acaba. Esa cabuya tiene sangre, hermano, ¡está llena de sangre! A trabajar siempre enfermo. Enfermo y recibiendo golpes. Y después de tanto tiempo, llegar de allá sin nada... ¡Sin nada, hermano! Y aquí nuestras pocas cosas sin un hombre que las cuide.

—Pero así es, hermano, el colono es quien manda. ¿Qué hacemos? El colono es el que manda.

Abudo repite las palabras como quien recita una letanía. Los ojos de Mussa Racua pierden, de repente, la agitación que los había animado durante la conversación con el amigo. Le gustaría hacerle entender todo el horror de la plantación, pero siente cómo son de pobres sus palabras de hombre sencillo.

«No vale la pena», piensa con irritado desespero, «no vale la pena».

También piensa que, si el amigo tiene que partir, ¿por qué habría de meterle más miedo? La plantación es el terror de todos los negros, incluso de los que nunca estuvieron allá. Abudo ha sido un buen amigo. Muchas veces lo salvó de la plantación prestándole todo el arroz

que le sobraba, después de entregar lo exigido por la Administración. Por eso no quisiera verlo sufrir más allá de sus fuerzas. Porque el sufrimiento de la vida diaria, la constante certeza de no ser nadie, el miedo arraigado a los colonos, todo eso, cree que todavía se puede soportar. Pero la plantación...

Mussa Racua se levanta lentamente de la estera. Sólo ahora se da cuenta de que la noche ha caído por completo y afuera los animales nocturnos ya iniciaron su concierto nostálgico. La mujer de Abudo trae del patio una pequeña lámpara de petróleo que pone en el banquito de tres patas. Saluda a Mussa Racua con una voz traspasada de tristeza. Se diría que hace milenios viene acumulando con resignación toda la tristeza del mundo. Él le responde el saludo de manera vaga. Es como si ella ya no existiera en esa casa, como si ya hubiera sido arrasada por la desgracia que se cierne sobre su familia.

—Bien, me voy —se despide, de repente, Mussa Racua—. ¡Adiós!

—Ten calma —le pide Abudo.

La estudiada resignación del amigo irrita violentamente a Mussa Racua que, sin más palabras, cruza la puertica azul y se sumerge en la noche. Todavía tiene que recorrer una gran distancia hasta su choza y camina rápidamente, indiferente a la fresca brisa nocturna y a la melodía tan familiar de los animales del monte. El cerebro le hierve con ideas y proyectos que se atropellan, sin definirse nunca. Al fin llega a la choza. La mujer, apenas siente que él llega, se le acerca y, al ver los costales tirados en el suelo, comprende que su hombre tendrá que irse a las plantaciones.

—¡Nada! ¡No conseguí nada! —le dice Mussa Racua sencillamente.

Está de pie, junto a la puerta, y contempla a su Maiassa. Su Maiassa, a la que ni siquiera el embarazo ya adelantado logra deformar. Ella es, en verdad, una mujer bella, negra como el ébano, de piel de seda y ojos grandes, lánguidos y tiernos.

«Voy a perderla», piensa Mussa Racua, «no hay ninguna mujer joven y bonita que aguante la espera de un hombre que se va a la plantación».

Y un dolor profundo e intolerable lo obliga a decir bruscamente:

—Estoy cansado. Tráeme de comer.

No tiene nada de hambre. No comió nada en todo el día, pero no tiene hambre. Sin embargo, no puede soportar la presencia de la mujer,

allí, a la espera de que él le diga algo. No tiene nada que decirle. Se va a la plantación, sólo eso. Podría agregar que en breve dejará de ser Mussa Racua para ser una especie de animal que trabaja, desde el romper del día hasta la puesta del sol, en la plantación de un señor cualquiera. Y que, cuando regrese con el cuerpo marcado con nuevas cicatrices, ya no la encontrará. ¿Será que si él le dijera eso ella comprendería todo de repente? Mussa Racua no está seguro, aunque Maiassa sea una mujer que comprende muchas cosas. Y como no tiene la seguridad y aún no sabe cómo la va a hacer comprender la profundidad de su desespero, la manda desganadamente a traer la comida.

Después de tragarse con esfuerzo el *nimino* de banano que Maiassa le trae, Mussa Racua se estira en la *quitanda*. Se queda oyendo a la mujer allá afuera, lavando las ollas y la vieja bandeja de aluminio en la que acostumbran a comer, y se imagina los gestos delicados y mansos que le son tan queridos. Cuando al fin viene a acostarse a su lado, ofreciéndole el cuerpo todavía fresco del baño nocturno, Mussa Racua la abraza temblando, sacudido por un extraño deseo mezclado con furia. Intuitiva como es, Maiassa lo comprende y entiende su desesperación contenida. Y logra transformar su propio dolor en caricias de miel que lo calman por breves momentos.

Sólo después de que la mujer se ha acostado en su *quitanda*, Mussa Racua, exhausto pero sin sueño, toma conciencia de cuánto caminó durante el día. Cada músculo del cuerpo es un foco de dolor y los pies le palpitaban, pesados como plomo. No obstante, el cerebro está alerta, buscando con esfuerzo una solución para su vida. Y, sin querer, recuerda, uno a uno, los acontecimientos relacionados con su anterior experiencia en la plantación de cabuya.

Se había casado hacía poco tiempo con su primera mujer. Ella se llamaba Anifa y era muy joven. Los dos trabajaban sin descanso en su pequeña *machamba* y en la *machamba* de arroz demarcada por la Administración. A pesar de ser tan joven, Anifa lo ayudaba como una verdadera mujer. Sembraron el arroz, lo trasplantaron con todo cuidado y lo cosecharon. No comieron ni desperdiciaron un solo grano. Pero aun así, después de la cosecha sólo obtuvieron cinco bultos. Igual que esta vez, Mussa Racua recorrió las chozas de todos sus amigos y conocidos, suplicando que le vendieran el arroz que le hacía

falta para entregar su cuota a la Administración. Pero el año había sido malo, casi sin lluvia, y nadie le pudo ayudar.

Él todavía era un joven sin experiencia y, por eso, ingenuamente fue a decir a la Administración que no podía entregar el arroz exigido, debido a la sequía. Había trabajado tanto, pensaba, que debían comprender que no era por culpa suya que había sacado poco arroz. Entonces lo llevaron ante un blanco. No era el administrador, sino alguien autorizado a decidir por él. El blanco hablaba pausadamente en portugués y el *Língua negro* traducía a los gritos lo que el otro decía.

—Tenías que entregar siete bultos, ¿no es así?

—Así es —respondió Mussa Racua—. Trabajé mucho, pero no lo logré por falta de lluvia.

El blanco dijo algo que el *Língua* tradujo al *macua* a los gritos.

—Si no te presentas con los siete bultos que te ordenaron, vas a pagar a la plantación, ¿oíste? Se acabó la conversación. ¿Oíste bien? Puedes irte.

Sí, Mussa Racua había oído bien. Y también había oído, de los otros que estuvieron allá, cómo era de dura la vida en la plantación y cuánto perjuicio les traía a los hombres que iban allá y dejaban su casa. Otros se morían por allá, sin el consuelo de la familia. Otros incluso volvían ciegos. Bastaba un pequeño descuido al cortar la cabuya y, listo, una espina se clavaba en el ojo de un hombre. Y todos regresaban enfermos y maltrechos, molidos a golpes y por el trabajo no recompensado.

Y ahora, estirado en la *quitanda*, con los brazos cruzados detrás de la nuca, los ojos febriles mirando la oscuridad, Mussa Racua recuerda aún los días terribles que pasó en la plantación de cabuya del señor Fonseca. Solamente las pocas horas de sueño eran soportables. A pesar de los mosquitos que infestaban la barraca donde dormía con los otros trabajadores, a pesar de las heridas del látigo que no lo dejaban acomodarse en ninguna posición, a pesar del cansancio extremo... Pero siempre eran tan breves las horas de reposo.

Mussa Racua no puede soportar esos recuerdos sin que oleadas de verdadero dolor físico le recorran el cuerpo. Pero, pese al esfuerzo que hace para alejarlos, ellos regresan de nuevo, insidiosos y amargos, a martillarle el cerebro exhausto. Y todavía se acuerda del regreso...

En el camino supo que su mujer se había ido con otro hombre para Matibane. No había aguantado la larga ausencia sin noticias y sin dinero. También se acuerda de cómo encontró la casa vacía, la pequeña *machamba* cubierta de pasto, sus pocos cabritos desaparecidos...

Mussa Racua se sienta bruscamente en la *quitanda*. A pesar de la frescura de la noche, las gotas de sudor le cubren el rostro tenso y el cuerpo le tiembla de pura indignación.

«No, no puedo aguantar otra vez tanto sufrimiento», piensa, «hay otros que aguantan, pero yo no puedo. Es mejor morirse. No despertarse nunca más. Ya no ser un animal. No regresar a casa y ver que mi mujer se fue con otro hombre».

Y, de repente, la solución que busca desde hace tanto le surge de manera tan sencilla, tan natural, tan evidente, que se admira de no haberla encontrado mucho antes.

En la oscuridad del pequeño cuarto, iluminada por la luna, siente a la mujer durmiendo un sueño agitado más profundo. Un deseo violento de apretarla entre los brazos para siempre lo impulsa hacia ella, pero retrocede en medio del cuarto. Entonces, con movimientos felinos, rápidos y silenciosos, se va sin siquiera mirarla.

Maiassa sólo se despierta con la primera claridad de la mañana y, en un instante, está fuera de la *quitanda*. Recuerda vagamente que tiene que enfrentar una gran desgracia, pero ¿qué es? El sueño pesado de mujer embarazada aún le impide pensar con claridad. Sólo cuando mira hacia la *quitanda* del marido y no lo ve, percibe lo que le preocupa.

«Soy una mala mujer», piensa. «Mi marido en unos días se va a la plantación y yo sigo durmiendo tanto».

Corre a bañarse en el *chaorro* que queda en el patio. Pero cuando regresa al cuarto, siente que hay algo anormal. No escucha los movimientos habituales del marido. A pesar del alegre coro de pájaros que cantan en los nidos que cuelgan de los árboles, el silencio de la choza le opriime el corazón. ¿Dónde estará el marido? ¿Por qué no lo escucha esta mañana? Lo busca por toda la choza, en el patio, en el *chaorro*, en el pequeño corral de los cabritos...

—*¡Puapo nhum! ¡Puapo nhum!* —llama, ya inquieta y angustiada.

Solamente el gorjeo de los pájaros le responde. Presa de ansiedad, busca al marido por los caminos próximos a la choza.

—¡Puapo nhum! ¡Puapo nhum! ¡Puapo nhum!

El vientre le pesa, pero ella comienza a correr como si quisiera llegar a tiempo a impedir una desgracia. Siempre corriendo, resuelve ir hacia la carretera principal. Pero, poco a poco, el presentimiento que le oprime el pecho se va volviendo una certeza. Ya no corre ni grita. No sabe bien qué habrá sucedido, pero siente que ha pasado algo irremediable, que su hombre se fue, que ya no lo tendrá más. Y es casi sin sorpresa que, al doblar por un camino, se topa con el cuerpo de Mussa Racua suspendido de un palo de mango, balanceándose suavemente al compás de la brisa matinal. Caído en el suelo hay un bulto lleno de arroz.

Horas después, introducen casi a la fuerza a un campesino seco y desharrapado en el despacho del administrador. El hombre se sacude constantemente con temblores que no logra reprimir. El *Língua*, un mulato malgeniado, habla por él. Ya había oído toda la historia en *macua* y la cuenta ahora en portugués.

—Justo por la mañana —dice—, este hombre iba pasando, cuando vio a un ahorcado en un palo de mango. Se acercó y vio que era un tal Mussa Racua. En el suelo había un bulto de arroz caído y una mujer desmayada. Era la mujer del tal Mussa Racua. Le costó mucho trabajo hacer volver en sí a la mujer que estaba desmayada y...

—Apúrate con esa historia —se impacienta el administrador.

Los dramas de los negros no le interesan o, más bien, ¡lo irritan! Por eso no soporta los preámbulos del *Língua*. Este, al que le gusta traducir todo minuciosamente, queda desorientado con las prisas del administrador y se calla, incapaz de continuar.

«Mi madre, ya no sé en dónde voy», piensa aterrorizado.

—¿Sigues o no? —grita el administrador.

El *Língua* hace un gran esfuerzo para resumir la historia y continúa atropelladamente:

—Entonces la mujer, cuando este hombre le preguntó por qué se había ahorcado el marido, respondió que era a causa del arroz.

—¿A causa del arroz? —pregunta, casi sin querer, el administrador. Esto ya comienza a interesarlo. El arroz ya es con él.

«Ahí está este hombre interrumpiendo otra vez. Ya no sé dónde voy», piensa el *Língua* con desánimo.

Y se apresura a terminar la historia que, así resumida, ya no tiene interés en traducir.

—Sí —continúa, hablando rápidamente—. Tenía que entregar ocho bultos y sólo alcanzó a reunir seis. Fue a pedirles a los amigos, pero no consiguió nada. Por eso tenía que irse a la plantación, claro. Y como no quería irse para la plantación, se ahorcó. Y para ahorcarse, utilizó un costal de arroz. La mujer se quedó en la choza porque no puede andar, pero esto es lo que ella piensa, y eso fue lo que ella le contó a este tipo.

Concluye la historia señalando hacia el campesino que, a su vez, lo mira asustado.

—¿Cuántos bultos dices que consiguió? —pregunta el administrador después de un momento, haciendo girar el pisapapeles entre sus dedos gordos.

—Seis bultos, señor administrador —responde el *Língua*.

—Traten de ir a buscarlos cuanto antes. La semilla era de la Administración y por lo tanto tenemos derecho al arroz. Y hagan como es costumbre en estos casos. Avísales a los *sipaios*.

—Muy bien, señor administrador. Ya voy a ocuparme de todo, señor administrador —parlotea el *Língua*.

El campesino seco y desharrapado no dejó de temblar durante todo el tiempo que estuvo de pie delante del administrador. No captó casi nada de la conversación en portugués, pero siempre estuvo a la espera de ser interrogado y está contento de que eso no haya sucedido. Vino a contar lo que había visto porque no había otra solución. Sin embargo, no quiere nada con la gente de la Administración y mucho menos con el propio administrador. Es un verdadero alivio que reciba la orden de retirarse y se apresura a salir caminando hacia atrás, arrastrando las piernas flacas y temblorosas.

Sin verlo, el administrador lo sigue con los ojos hasta la puerta. Después, girándose hacia el *Língua*, pero hablando más para sí mismo, se desahoga con una rabia impaciente:

—Estos perros, tan pronto les huele a trabajo, siempre salen con cagadas. O huyen o se suicidan. ¡Maldita raza!

Cañaduzal

COMO SIEMPRE, NAFTAL SE DESPIERTA SIN GANAS.

El cuarto en el que duerme con los hermanos huele a sudor y a moho, pues es una habitación demasiado pequeña para albergar a cuatro personas. Además, la única ventana está sin anjeo y tuvieron que dejarla con los postigos de madera cerrados toda la noche a causa de los mosquitos.

Naftal se levanta despacio y, todavía somnoliento, dobla el viejo trapo que le sirve de sábana, enrolla la estera donde durmió y va a colocar todo en un rincón. Ya no tiene reloj, pero como el sol ya penetra por las rendijas de la choza, sabe que es hora de irse al trabajo. Tiene sólo diecisiete años, pero siendo huérfano de padre y el mayor de los hermanos, ya le pesa la responsabilidad de ser prácticamente el jefe de una familia de seis personas.

El padre trabajó varios años en las minas de John y de vez en cuando venía a visitar a la familia. Eran períodos de relativa abundancia, esos en los que el padre estaba en la casa. Pero también eran tan breves y espaciados que Naftal ya no sabe si los deseaba realmente. Le parece que después se quedaba sintiendo con más intensidad el amargo sabor de la miseria.

La última vez, la estadía del padre fue incluso una tristeza. Llegó flaco y debilitado, con un extraño color pardo, tan diferente de su bello tono, negro brillante. Justo después de la distribución de los regalos que había traído para la familia, se acostó en la estera. Y así permaneció varios días seguidos, levantándose sólo a comer, lo que hacía con visible sacrificio. La madre se esmeraba en la preparación de los pocos platos que conocía, gastándose en eso todo el dinero que el marido había traído. Un esfuerzo inútil, pues él parecía indisponerse con toda clase de alimentos y, apenas comía alguna cosa, apartaba el plato.

—Está muy bueno —decía entonces, forzando una sonrisa—. Pero aún estoy muy cansado... Comeré cuando esté mejor.

Ni siquiera Aidinha, su hija mayor predilecta, que tenía la costumbre de comer con él en el mismo plato, lograba forzarlo a alimentarse. La madre rezongaba, entre ofendida y asustada. Un día, cuando el marido rechazó una apetitosa *matapá*, su plato preferido, ella le rogó que fuera adonde el curandero o al hospital, pues debía estar muy enfermo. En realidad estaba muy enfermo. Pero se negó a ir adonde el curandero y mucho más al hospital. Se quedó extendido en la estera, soportando su tosecita seca y sintiendo un gran cansancio de todo.

Los hijos menores lo miraban con los ojos abiertos como platillos, arrastrando a su alrededor los andrajos sucios y los trastos y pedruscos que les servían de juguetes. Asociaban al padre con golosinas y prolongados paseos y por eso se asombraban de verlo ahí, extendido, siempre tosiendo de esa extraña manera. A veces él les sonreía débilmente. Entonces los niños se animaban con esa breve señal de atención y se miraban entre sí riéndose, mostrando los dientes muy blancos. Por un momento se convencían de que el padre los llevaría a pasear, como las otras veces. Pero rápidamente se desilusionaban, pues él de inmediato recaía en la misma exasperante modorra, inmóvil, con los ojos cerrados, sacudido por la tos. Y siempre era así como Naftal lo encontraba, cuando regresaba por la noche del trabajo.

De vez en cuando aparecían familiares y amigos que agotaban al padre con preguntas y consejos. Para librarse de ellos, resolvió consultar a un curandero famoso que vivía por los lados del aeropuerto. Y, ya fuera a causa de los brebajes del curandero, o por el deseo intenso de regresar al trabajo, lo cierto es que fue ganando fuerzas. Comenzó a comer mejor y a llevar a los hijos a pasear de vez en cuando. Pero la tos continuó, seca y persistente. Y el último día, cuando Naftal lo vio subirse al tren que lo llevaría de regreso a John, y le notó una mirada brillante de fiebre y la piel macilenta rodeando los huesos, tuvo la certeza de que no lo vería más.

Efectivamente, poco tiempo después de la partida del padre, recibieron la noticia de su muerte. Las minas le habían carcomido las fuerzas y la carne, como a tantos otros negros que parten de Mozambique tras sueños de riqueza. Y, después de muchos años de trabajo

agotador, dejaban como herencia un atado de ropa usada, un pequeño radio y un par de anteojos oscuros.

Naftal era casi un niño cuando el padre murió, pero ya hacía algún tiempo que trabajaba. Sin embargo, su magro salario de *moleque* casi no alcanzaba para pagar la renta de la choza. Ni siquiera sumando lo que Aidinha ganaba como niñera, lograba librarse a la familia de la miseria. Y con los hermanos menores no podía contar pues sólo tenían diez, ocho y seis años. Pero se quedaron viviendo en la penuria de la gente de Caniço, hasta que un día Aidinha desapareció.

En vano la buscaron en el hospital, en la policía y en todas las chozas de Caniço. Llegaron a lanzar la hipótesis de que había sido asesinada o raptada, pues nadie sabía de ella. Pero una mañana, varias vecinas llegaron sucesivamente a informarle a la madre que alguien la había visto en una casa de prostitución, en la Avenida Angola. Y daban información concreta sobre la ubicación de la casa. También revelaron que la dueña era una mulata, llamada Aurora Caldeira, que Aidinha había sido incentivada por otra niñera y más pormenores. La madre no quiso creerles. Aidinha era una niña tranquila, incapaz de esos atrevimientos, lo garantizaba. Las vecinas le respondían que no dudaban de sus palabras y, al mismo tiempo, le aconsejaban ir a la mentada casa de prostitución para asegurarse. También le daban innumerables ejemplos de muchachas del barrio que eran tranquilas y que acabaron de prostitutas.

Como Aidinha no apareció nunca más, la madre acabó por seguir los consejos de las vecinas y, después de varios intentos fallidos, logró al fin entrar a la tal casa de prostitución, donde, efectivamente, se encontraba la joven. Se quedó en el pequeño *hall* de entrada, bien al lado de la puerta, de pie, sosteniendo el nudo de la *capulana* con ambas manos, y así permaneció durante un tiempo que le pareció interminable. Cuando Aidinha finalmente apareció, sintió que el corazón se le salía del pecho. Esa muchacha de labios embadurnados y ojos mal dormidos, que doblaba las piernas encima de zapatos de tacón alto, no tenía nada que ver con su hija. Tuvo el deseo de golpearla allí mismo, pero se aguantó y simplemente dijo:

—Vamos para la casa, hija.

Aidinha no le dijo que estaba harta de la miseria y que, siendo negra, no tenía otro camino para librarse de ella. Sólo volviéndose puta. No dijo nada de eso, pero respondió con la fría serenidad de quien ha tomado una decisión desde hace mucho:

—No, madre, déjeme vivir así. Jamás regresaré a la choza. Nunca más.

La madre escuchaba asombrada, buscando ansiosamente las palabras que pudieran penetrar en el corazón de la hija. Pero se sintió impotente para argumentar con esa extraña de cara pintada y voz de hielo. Además, rápidamente comprendió que el profundo odio que la muchacha parecía sentir por toda su vida pasada también la abarcaba a ella, su madre. Acabó por salir sin decir nada, aturdida por el dolor y la vergüenza. Y cuando, más tarde, las vecinas fueron a conocer el resultado de su encuentro con Aidinha, las dejó carcomidas de curiosidad.

—Aidinha no quiere regresar a la casa —dijo. Y no agregó nada más.

Siempre había sido una mujer de pocas palabras, pero, a partir de ese día, se encerró en un mutismo que sólo rompía muy rara vez. Para que la familia no muriera de hambre, se empleó como mucama en una casa en el Alto Maé. Los hijos menores quedaron por su propia cuenta. Y, como les estaba vedado el derecho a ir a la escuela, pasaban los días recorriendo sin rumbo los callejones polvorientos del Caniço.

Entretanto, la carrera de Aidinha como prostituta fue fulgurante y breve. A pesar de la falta de experiencia, o quizás por eso mismo, ella les agradaba a los hombres que buscaban la casa de Aurora Caldeira. Así, cuando percibió que ella constituía una fuente de grandes lucros para la patrona, resolvió usufructuar esos lucros sola y, con la complicidad de un cliente, desapareció y se unió a un grupo de muchachas negras que operaba en la Rua Araújo. Allí se la disputaban los hombres que frecuentaban los cabarés, y algunos surafricanos blancos llegaron a pelearse a golpes a causa suya. Ella, por su parte, les exprimía el dinero y se deleitaba cuando los veía pelear por una negra.

Cuando transcurrió algún tiempo, comenzó a perder peso y apetito, Aidinha sólo temía adelgazarse tanto que ya no le gustara a la clientela. Ni la tosecita seca, ni el extraño cansancio que sentía, lograron alarma la. Sólo cuando comenzó a escupir sangre se convenció de que estaba realmente enferma. Y entonces ya no tuvo fuerzas para impedir que las compañeras la llevaran al hospital. Allí quedó

internada en la enfermería indígena, donde otras negras se marchitaban también consumidas por la tuberculosis.

La madre y Naftal se enteraron de que Aidinha estaba en el hospital y fueron a verla. La muchacha los recibió con un sentimiento extraño, una combinación de rencor, vergüenza y gratitud. La madre y Naftal, viéndola desaparecer por la delgadez debajo de la sábana sucia, sin nada y sin nadie, no pudieron sentir más que una gran compasión.

—¿Cómo estás, hija mía? —preguntó la madre, como si Aidinha nunca hubiera salido de la casa.

—Estoy muy enferma, madre —respondió la muchacha, con una debilidad que provenía del estado de extrema postración en el que se encontraba.

Naftal la observaba en silencio. Y los ojos ardientes de la hermana, la transparencia de la piel que rodeaba los huesos y la expresión exhausta le recordaron al padre.

«Ella tiene la enfermedad de mi padre. Ella va a morir como mi padre», pensaba asustado.

En realidad, así era. De toda la familia, fue justamente a Aidinha, su hija predilecta, a quien el padre le había transmitido la tuberculosis que contrajo en las minas de John. Y cuando ella salió de la casa, ya llevaba el germen de la enfermedad, que la vida desordenada ayudó a desarrollar con rapidez.

—¿Quieres irte para la casa, hija mía? —preguntó la madre con timidez, al despedirse.

—Sí quiero, madre —respondió Aidinha esta vez.

—Vamos a buscar un buen curandero y te vas a mejorar —garantizó la madre, intentando creer en sus propias palabras.

—Sí, madre —contestó la muchacha, con el optimismo de los desesperados.

No tuvieron ninguna dificultad en llevarse a Aidinha del hospital. Los médicos que le dieron el alta algunos días después parecieron incluso aliviados. Negras tuberculosas era algo que tenían en demasía. Y además de eso, sabían que, pese a todos los tratamientos, el fin de la muchacha era sólo una cuestión de tiempo. Y así Aidinha regresó a la choza, donde se encuentra hace cerca de un mes. Pasa los días

acostada, impregnando el cuarto de un fuerte olor a caucho, característico de los tuberculosos, y muriéndose poco a poco cada día.

Naftal acepta la enfermedad y la muerte próxima de la hermana como aceptó la muerte del padre en las minas de John, la miseria cotidiana, el miedo y las humillaciones. Para él, todo hace parte del destino de los negros. Por eso, como siempre, hoy también se despierta sin ganas, pues no espera nada del día que comienza. Después de poner la estera en el lugar de costumbre, se queda todavía un rato de pie, desperezándose para espantar el sueño. Los hermanos duermen todavía el sueño tranquilo y profundo que antecede el despertar. Y al verlos así de tranquilos, Naftal siente un ápice de envidia por no poder dormir así.

«Pero habrán de crecer, y tendrán que levantarse de madrugada como yo, y trabajar como yo sin domingo ni feriado, y no tener nada como yo», piensa.

Y él ápice de envidia da lugar a un fuerte sentimiento de tristeza. En este momento, desearía que los hermanos no crecieran más.

Además de la habitación donde Naftal se encuentra, la choza sólo tiene otro cuarto, separado de este por una frágil pared. Es ahí donde la madre y Aidinha duermen. La madre ya se despertó, pues tiene que dejar la comida hecha antes de irse a trabajar. Aidinha está acostada como siempre, Naftal la oye toser y tiene la sensación de que la hermana se va deshaciendo poco a poco cuando, momentos después, sale para el trabajo.

Pese a la hora matinal, el barrio ya muestra un aspecto desolador. El sol está aún débil, pero ya fustiga las chozas indefensas, prometiendo un día de calor sofocante. Las moscas invaden las callejitas arenosas, zumbando alrededor de los montes de basura esparcidos por todas partes. Niños somnolientos y semidesnudos juegan tristemente junto a las puertas de las chozas, exhibiendo los vientres enormes y las caritas hinchadas por la anemia. Hombres y muchachos de aire sombrío se dirigen al trabajo, descalzos y destridados. Muchachas cubiertas de andrajos cargan latas de las que gotea el agua que fueron a buscar a una fuente lejana. Un olor a miseria envuelve todo el barrio.

Naftal camina apresurado pues teme llegar tarde al trabajo. Pero, como siempre, tiene la vaga conciencia de que la ciudad se transforma

gradualmente a medida que los barrios de los negros van quedando atrás. En realidad es así. A la concentración de chozas de cañaduzal le siguen las casuchas de madera y zinc de los mulatos e indios, combinadas con modestas casas de mampostería. Después, las casas de madera y zinc comienzan a escasear. Finalmente, en los barrios donde solamente viven los colonos, se erigen sólo edificios y viviendas de material, que bordean calles y avenidas frondosas. Y el suave aroma de los jardines y de las acacias en flor va sustituyendo el olor de la miseria.

Los patrones aún duermen cuando Naftal llega a la vivienda donde trabaja. La casa, así silenciosa, con las cortinas espesas corridas, sumergida en la frescura del jardín, transmite una sensación de tranquilidad y comodidad. Pero Naftal sólo siente miedo. Es como si, sobre la aparente tranquilidad del ambiente, acechara una nube amenazante, que en cualquier momento puede reventarse bajo la forma de amenazas, insultos y golpes. Después de ponerse rápidamente la ropa de trabajo, va a buscar la manguera y comienza a regar el jardín. Aquí florecen rosas, jazmines del Cabo, lirios, dalias, crisantemos, hortensias, agapantos, patas de cangrejo, lágrimas de Cristo, anturios, gladiolos... Crecen también enredaderas, como la lluvia de oro y la siempre-novia, palmeras enanas, fetos y otras plantas raras, y entre otras hay un fósil con su espléndido piñón color de fuego. El jardín es realmente encantador, pero Naftal lo riega todos los días sin verlo. Para él, sólo representa trabajo que tiene que hacer bien y de prisa, teniendo en cuenta que es necesario que todo esté regado antes de que comience a calentar.

Hoy es día de ir al mercado de Baixa y Naftal, tan pronto acaba de regar el jardín, va a pedirle dinero a la patrona para las compras y se pone en camino. En la Baixa, los escaparates resplandecen invitando a los transeúntes a comprar. Hay tiendas de modas, mercerías finas, casas de regalos, *stands*, casas de electrodomésticos, pastelerías. Para Naftal, todas esas tentaciones que no puede comprar son un regalo para los ojos y un tormento para el alma. Y no le sirve de consuelo ver a otros negros, desharrapados y descalzos, observando tímidamente los escaparates o rondando las pastelerías, deseando de lejos las tartas, los succulentos sánduches y los vasos de leche que los

empleados apresurados sirven en los salones, donde ni siquiera les es permitido sentarse.

—¡Los negros son hermanos de los perros! —concluye como siempre Naftal, con un melancólico fatalismo, mientras corre hacia el mercado.

Después de haber hecho todas las compras, va a coger el *machimbombo* porque lleva la cesta cargada con los productos frescos para la semana. El *machimbombo* no está demasiado lleno, pero como los dos únicos bancos reservados para los negros están ocupados, se ve obligado a viajar de pie durante el recorrido.

Al llegar a la casa, va de inmediato a darle cuentas a la patrona. Y, contrariamente a lo que es usual, ella queda satisfecha con los productos y los respectivos precios. Aliviado, ya se prepara para retirarse, cuando ella le pregunta con un tono falsamente casual:

—Óyeme, Naftal, ¿no viste mi reloj de oro?

Es todo lo que basta para que el muchacho entre en pánico. Él sabe, por experiencia propia, lo que significan tales preguntas: «Óyeme, ¿viste esto? Óyeme, ¿viste aquello?». Aterrorizado, se apresura a responder que no vio el reloj, lo que además es verdad.

—Está bien. Pero es mejor que vayas a buscarlo. El reloj no tiene patas —le dice la patrona, mientras se aleja con su bata de seda, dejando tras de ella una estela perfumada.

Poco después, Naftal se entera de que el cocinero también fue interrogado.

—¡Si te robaste el reloj es mejor devolverlo! No estoy para ir a recibir golpes en la policía por tu culpa. Es mejor devolverlo, ¡te estoy avisando! —amenaza el cocinero, hablando en ronga.

—¡Yo no me lo robé! Ya me gustaría tener un reloj, pero ni siquiera lo he visto —asegura Naftal.

—Si te robaste es mejor devolverlo —insiste el cocinero, dejando notar claramente que desconfía de su compañero.

Sin embargo, la tempestad sólo se desata realmente por la tardecita, cuando el patrón llega del trabajo.

—¡Cocinerol! ¡Naftal! Vengan acá —grita desde el balcón donde se encuentra sentado con la mujer, bebiendo su *gin-tonic* vespertino.

Cuando Naftal y el cocinero se presentan, simplemente les dice:

—Oíganme, o el reloj de oro de la señora aparece o vamos a la policía. La señora acaba de contarme que el reloj desapareció por la mañana. No me dijo nada a la hora del almuerzo para ver si ustedes lo devolvían. Vámonos ya para la policía.

—Patrón, yo no me robé el reloj, patrón, yo no vi el reloj —se defienden los dos al mismo tiempo, en su portugués maltrecho.

—¿Ah sí? Vámonos. Andando —remata el patrón, mientras termina de beberse la ginebra que le quedaba en el vaso, y se levanta de inmediato.

Cuando llegan al puesto de policía, se dirige al agente blanco que está de servicio y le cuenta la historia del reloj de oro.

—El ladrón sólo puede ser uno de estos zorros... O los dos se asociaron. Para eso son muy astutos —ironiza.

—Déjenoslos a nosotros. Vamos a exprimirlos bien, quédese tranquilo —asegura el policía, con la boca abierta en una larga sonrisa que deja a la vista las encías sucias.

—Le agradezco si se ocupa bien de ellos. Porque el reloj tiene que aparecer. Me costó una pequeña fortuna. Por favor, hágalo aparecer —recomienda el patrón y se despide.

Poco después, al llegar a la casa, la mujer le informa riéndose:

—Al final apareció el reloj. Lo tenía Mila. Llegó tan pronto saliste con los criados para la policía. Se lo llevó para el colegio, imagínate. Cuando llegamos ayer del cine, se me olvidó en el baño y, por la mañana, ella lo vio allá y se le ocurrió llevárselo para el colegio para darles envidia a sus compañeras. Cuando me levanté, el reloj ya no estaba. Me llevé un susto. Es vanidosa como el padre esta hija tuya... ¡Qué idea esa de llevarse el reloj de oro para el colegio!

—Que no vuelva a hacer esas travesuras. Y ahora esos tipos ya deben estar recibiendo golpes.

—Podías ir allá a decirles que encontramos el reloj —sugiere la mujer.

—Ay, mija, déjame descansar. Además, eso es un mal precedente. La queja ya está puesta, no podemos echarnos para atrás. Déjalos que reciban los golpes. Es por las veces que roban y no son descubiertos. Vamos a comer, que ya es la hora —responde el marido y le pone fin a la conversación.

Mientras tanto, en el puesto de policía, el *sipaio*, encargado de «exprimir» a los dos acusados, cumple bien su misión. El primero en ser golpeado es el cocinero. Naftal siente pena por él, porque ya es viejo y está allí, recibiendo golpes, retorciéndose y gritando, cada vez que la vara le hiere las manos. Después es su turno, y él también se pone a retorcerse y a gritar porque el *sipaio* se apersona de su oficio. Al final, como ambos niegan haberse robado el reloj, a pesar de tener las manos chorreando sangre, el *sipaio* resuelve informarle al policía blanco.

—Este dos bandidos no quiere confesar, señor jefe. ¿Puedo apresarlos?

—No. El patrón no dijo nada y puede necesitarlos mañana. Si mañana quiere que los apresemos, nos dirá —replica el policía blanco, mientras mira las manos destruidas de los acusados.

—¡Simios grandes! —les grita colérico— Tienen hocico de ladrones. ¡A la calle! Y no se les ocurra no ir a trabajar mañana. Y si el reloj no aparece, mañana recibirán más. Es sólo que el patrón nos diga.

Naftal se apresura a abandonar el puesto de policía y recorre sin darse cuenta la larga distancia que lo separa de su barrio. Camina como un sonámbulo, sin conciencia de sí mismo ni de la realidad que lo circunda. Ya es de noche cuando llega al barrio, apenas iluminado por la lejana luz de las estrellas. En las chozas comienzan a encender las lámparas de petróleo y a cerrar las ventanas a causa de los mosquitos. Estos se desquitan atacando a los transeúntes, pero Naftal ni los siente, aunque ellos lo persigan, zumbando y picando, hasta su choza.

Se encuentra con la madre y los hermanos en su cuarto, sentados en la estera, comiéndose los restos del almuerzo. Al ver las manos ensangrentadas de Naftal, el hermano menor rompe en llanto. Los otros dos se quedan observándolo en silencio. Con la repugnancia y la compasión estampadas en las caritas asustadas.

—¿Qué hiciste, mijo? —pregunta la madre, que sabe bien lo que significan las manos ensangrentadas en un negro.

—Desapareció un reloj de la patrona —responde Naftal, intentando dominar la rabia que lo sofoca.

—No robé, madre —agrega poco después.

La madre lo mira detenidamente a los ojos. Y aunque no responda nada, tiene la certeza de que, sea quien sea el que se haya robado el tal reloj, no fue su hijo.

—¿Quieres comer? —pregunta, por decir algo.

—No, madre, estoy cansado —le responde el hijo, haciendo un gran esfuerzo para aparentar una calma que no siente.

Al oírlo, uno de los hermanitos corre a extenderle la estera. Naftal se acuesta enseguida, de espaldas, con las palmas de las manos hacia arriba, mientras siente el dolor que nace en la punta de los dedos y se irradia por todo el cuerpo, como un escalofrío de fiebre.

En silencio, los hermanos vienen a acostarse a su lado y la madre se retira, llevándose los restos de comida.

Más tarde, antes de irse a acostar, la madre viene a preguntarle de nuevo si quiere algo. Pero Naftal no quiere nada, no desea nada, no tiene ganas de nada. Se queda acostado, en la más completa inmovilidad. Apenas un leve temblor en los labios refleja su esfuerzo para dominar el dolor. Sólo logra dormitar en la madrugada. Se sumerge en un sueño inquieto, pero tan profundo que parece arrastrarlo hasta la muerte. Sin embargo, cuando el sol comienza a penetrar por las ranuras de las paredes de la choza, Naftal se levanta, aunque, como siempre, se despierta sin ganas.

Extendidos en la estera, los hermanos aún duermen, respirando suavemente, boquiabiertos. En el cuarto de al lado, Aidinha tose. De una choza cercana, le llega el llanto precozmente tímido de un niño.

Naftal logra levantarse, a pesar del dolor que ahora está ubicado sólo en las manos, aunque también sea más agudo. Con gestos cautelosos e inseguros, dobla el viejo trapo que le sirve de sábana y enrolla la estera donde durmió. Va a colocar todo en el rincón de costumbre y se prepara para enfrentar la angustia de un nuevo día.

El baile de Celina

Lourenço Marques, abril de 1950

S LINDO! —SUSPIRA LEONOR, CONTEMPLANDO EL VESTIDO.
—¡E Doña Violante no responde, pero el rostro le resplandece de orgullo, al colgar la obra maestra que tiene entre sus manos. Acaba de darle las últimas puntadas al vestido de organza blanca que su hija Celina llevará al baile de los finalistas del Liceo Salazar. Una tira de pliegues impecables, corriendo entre dos volantes, rodea el escote y la espalda. Un pliegue idéntico, apenas más largo, remata graciosamente la falda larga. Es, en efecto, un lindo vestido, en su aparente sencillez.

—¡Qué suerte tener una mamá modista! ¡Tengo la seguridad de que el vestido de Celina ha de ser uno de los más bonitos! —comenta doña Celeste.

Las tres señoras conversan en el comedor de doña Violante, que es simultáneamente el cuarto de la costura. Leonor es una vistosa mulata en sus treinta años, casada con un tranquilo obrero de las Vías Férreas. Durante toda su vida matrimonial engañó al marido y, hace cerca de dos meses, acabó por abandonarlo para volverse la última amante del viejo Sales Moreira, un blanco ricachón, casado y con hijos ya hechos hombres. Doña Violante conoce a Leonor desde soltera y, a decir verdad, nunca le gustó su manera de vivir. La considera una gran libertina y, si no fuera su cliente, nunca la recibiría en la casa. Doña Celeste, también mulata, es una vieja amiga de doña Violante. Sufre de una extraña enfermedad que los médicos le atribuyen a la menopausia. Y como en Iapala, donde reside el marido, no existen prácticamente recursos médicos, vino a Lourenço Marques a tratarse. Doña Violante, la dueña de casa, nació en la Ilha de Moçambique, y su historia está curiosamente ligada a la del viejo millonario Catarino da Silva, dueño de una de las más grandes fortunas de la colonia.

Cuando este señor, natural de Urgeiriça, en Portugal, desembarcó en la Ilha de Moçambique, traía consigo sólo “la cara y el valor”. Pero también traía, bien arraigada dentro de sí mismo, la firme convicción de que África existe para enriquecer a los blancos y, de un modo especial, a él, Catarino da Silva. Así, provisto de tan poderosa arma espiritual, puso manos a la obra. Comenzó por ir a vivir con una muchacha negra, la hábil Alima, que tostaba maní primorosamente y que, descubrió él más tarde, con el mismo maní confeccionaba *territoris* deliciosos. Catarino da Silva comenzó entonces a vender maní tostado y *territoris*, y asumió también la tarea de administrar el dinero de las ventas. Tan bien lo administró que, en poco tiempo, pudo asociarse con otro colono, Benjamim Castelo, dueño de la única carnicería existente en la Ilha. Es bien posible que el apodo de Silva Porco, por el cual llegó a ser conocido hasta hoy en la Ponta da Ilha, se relacione con la referida carnicería. Pero también es probable que tenga algo que ver con su aspecto poco aseado, antes de volverse un hombre rico.

La sociedad Catarino da Silva-Benjamim Castelo prosperó a la vista de todos, a costa de estafas y de la explotación desenfrenada de la mano de obra negra, arreada a la fuerza por las autoridades coloniales. Prosperó de tal manera que, después de pocos años, los dos socios eran dueños de enormes plantaciones de cabuya y algodón, fincas y cafeterías regadas por casi todo el norte de la colonia.

A esas alturas, Catarino da Silva entendió que ya era momento de desembarazarse de la compañera negra y establecer un matrimonio ventajoso. Clavó entonces los ojos deseosos en la joven Maria Claudina Bordalo Monteiro, célebre en toda la Ilha por su belleza, y por poseer el quinto grado de los Liceos, hazaña notable para una muchacha en esa época. Era hija del abogado Bordalo Monteiro, digno representante de la nobleza arruinada de Portugal, que había venido a parar a la Ilha de Moçambique, con los hijos ya crecidos y la mujer, por imposición de esta. No es que ella tuviera ningún compromiso de vivir en la Ilha, que además ni conocía. Lo que pretendía era salir de Portugal, en lo posible hacia bien lejos, con el fin de sustraer al marido de la nefasta influencia de los parientes nobles, borrachos y tahúres inveterados, incapaces de ganarse la vida. Y a esas alturas, determinadas circunstancias facilitaron la ida de toda la familia

para la Ilha. No hay duda de que la mudanza les trajo ventajas. En efecto, los constantes litigios entre los comerciantes de la Ilha, principalmente los indios, eran un maná inagotable para el doctor Bordalo Monteiro, que ganaba lo que quería, defendiendo causas justas e injustas. Es cierto que se le esfumaba la mayor parte del dinero que ganaba en veladas de juego, pero siempre le sobraba lo suficiente para mantener a la familia con un cierto nivel, lo que nunca había sucedido en Portugal.

Maria Claudina tenía dieciocho años cuando Catarino da Silva la pidió en matrimonio. Y para sorpresa de todos, y un poco de él mismo, fue aceptado. La muchacha siguió sin dudas los consejos de la madre que, después de lo que había sufrido con la familia noble del marido, consideraba una verdadera bendición el matrimonio de la hija con un hombre que era al mismo tiempo plebeyo y riquísimo. La boda se realizó con gran pompa. E, igualmente para sorpresa de todos, la pareja se entendía a la perfección. Desde el inicio, Maria Claudina supo que el marido había visto en ella sobre todo un trampolín para instalarse en la sociedad. Por su parte, Catarino da Silva no se hacía ilusiones en cuanto a los motivos que llevaron a la muchacha a aceptarlo, con su figura caricaturesca, las maneras montañeras y la instrucción rudimentaria. Sabía que él sólo significaba la perspectiva de un futuro exento de sobresaltos económicos y sentimentales, objetivo supremo en la vida de la hija de un hombre lleno de vicios. Tal ausencia de romanticismo en un matrimonio sólo podía conducir a una ruptura definitiva o, como sucedió en este caso, a la más perfecta armonía.

Así, Catarino da Silva se sentía realizado, como sólo pueden sentirse los que ven concretadas sus más profundas aspiraciones.

Tal como esperaba, África lo volvió un hombre rico y, gracias a su fortuna, también era un hombre respetado. La atmósfera de felicidad que vivía era casi palpable, y no le pasaba desapercibida a Benjamim Castelo, su socio.

—Hey, Castelo —lo desafiaba a veces Catarino da Silva, con un orgullo mal disimulado—, tú también deberías casarte con una muchacha como Maria Claudina. Un hombre necesita tener familia. Deja a tu negrita, que eso sólo da para los primeros tiempos.

—Pero tengo a la pequeña Violante. Es todavía muy chiquita y me cuesta separarla de la madre —replicaba el socio.

—Pues no la separes. Déjala con la mamá, que los hijos no han de faltarte... y legítimos —afirmaba el otro.

En principio, la idea de abandonar a la compañera y a la hija le repugnaba a Benjamim Castelo. Sin nunca haber tomado conciencia de ello, se había encariñado con Muaziza, sus maneras dulces, su rara perspicacia e incluso el olor fresco de su cuerpo. Se había encariñado también con la hija, una pequeñita llena de ternura y gracia, a quien él le había puesto el nombre de Violante, en memoria de su madre. Pero, a pesar de ser un sentimental, Benjamim Castelo también era muy influenciable. Y, poco a poco, comenzó a desear tener a su lado la presencia de una mujer blanca, que pudiera recibir a los amigos con la misma desenvoltura con que Maria Claudina presidía las reuniones en la casa de su socio. En fin, alguien a quien él considerara su verdadera esposa y le diera hijos legítimos y que pudieran convivir con otros niños blancos.

Sin darse cuenta, sus maneras suaves comenzaron a reprimir una creciente impaciencia que Muaziza soportaba en medio de un silencio doloroso. Aparecía en la casa sólo a la hora de las comidas, comía rápidamente, con el ceño fruncido, hablando sólo para reclamar si algo le desagradaba. Y por la noche se estiraba en la cama y dormía hasta el amanecer, con un sueño pesado y embrutecedor, como el de los borrachos. Hasta los juegos de la pequeña Violante dejaron de alegrarle. Y la niña se fue volviendo esquiva y tímida, lo que lo irritaba aún más.

Un día, al llegar a la casa para el almuerzo, no encontró a Muaziza ni a la hija. Sobre la mesa puesta estaba su almuerzo todavía caliente, en bandejas bien tapadas.

—Se fueron lejos —pensó de inmediato, mirando las bandejas que, así tapadas, le parecían una clara señal de adiós.

Las buscó por toda la casa, pero sólo un silencio envolvente le respondía, haciendo retumbar el ruido de sus pasos. Verificó entonces que Muaziza se había llevado el único baúl con la ropa que le pertenecía y la de su hija. No había dejado ningún mensaje ni dirección con las vecinas. Benjamim Castelo supo más tarde que la

muchacha se había ido para la casa de su madre, en Mossuril. Ahí vivía con Violante, sosteniéndose con lo que producía la pequeña *machamba* de la vieja, que casi no daba ni para comer.

Cuando Catarino da Silva se enteró de la fuga de Muaziza, felicitó al socio con grandes demostraciones de júbilo.

—¡Epa, hombre, qué gran suerte tuviste! —vociferaba, dando vueltas con sus pasitos inquietos—. Pensé que nunca te podrías zafar de la negra. Pero ella huyó e hizo muy bien. Avispada como es, debe haber notado que ya era el momento de alejarse. Tuvo más juicio que tú, con tus tontos escrúpulos para echarla. Y en cuanto a la mulatita, déjala con la mamá. Creo que es una bestialidad ir a buscarla.

—Pero es mi hija —interrumpió el socio, tímidamente.

—Es tu hija, es tu hija. Eso lo sé, que es tu hija —continuó el otro—. Pero igual es por el bien de ella que me parece mejor dejarla con la mamá. Supón que te casas. ¿Qué mujer está para aguantarse una hijastra mulata? ¿Y si tienes hijos? ¿Cuál sería la situación de la mulatica ante los hermanos blancos?

—Eso es verdad, sería un fastidio —coincidió Benjamim Castelo, un tanto perplejo.

—Yo sé que sería un fastidio. No, hombre, no te atormentes con remordimientos innecesarios. Olvídate de la pequeña de una vez, que es mejor para ti y para ella. Si la fueras a buscar, te garantizo que sólo le causarías complicaciones en el futuro —concluyó Catarino da Silva, dándole palmaditas amistosas en la espalda al socio.

Esta conversación tranquilizó los escrúpulos de Bejamim Castelo, que comenzó a ver la fuga de Muaziza como una liberación. Y con la conciencia tranquila, y la valiosa ayuda del socio, se puso a buscar novia entre las muchachas blancas de la Ilha.

La opción recayó en la joven Maria Adelaide, hija única del gran patrón de la Capitanía del Puerto. No era un partido tan brillante como para ser la mujer de Catarino da Silva. Pero era una muchacha de trato afable y de aspecto fresco y saludable. Además, le agradó el pretendiente, no sólo por cuenta de su fortuna sino también por los modales tranquilos y amables, el tono moreno de la tez y, sobre todo, por un cierto aire de desamparo que atraía su sentido maternal. Se casaron y ni Benjamim Castelo ni los amigos le informaron a la

muchacha de la existencia de la pequeña Violante. Él, por temor a contrariarla, y los otros porque creían que no valía la pena.

Los dos primeros años de casados fueron una sucesión de días felices. De modo que no notaron la enfermedad que subrepticiamente iba devorando el cuerpo robusto de Bejamim Castelo. Cuando la descubrieron, se embarcaron a toda prisa para Portugal, en busca de mejores recursos médicos, pero ya no había nada que hacer. Fue entonces cuando, en el lecho de muerte e impulsado por tardíos remordimientos, Bejamim Castelo le reveló a la mujer la existencia de la pequeña Violante. Y al contrario de lo que él esperaba, esa revelación se volvió una fuente de esperanza y un estímulo para que la muchacha siguiera viviendo. En realidad, al no tener hijos, esa niña aparecía como una prolongación del marido, algo que le quedaba de él para proteger y amar.

Después de la muerte del marido, Maria Adelaide le escribió una larga carta a Catarino da Silva. Comenzaba por informarle que no deseaba regresar a Mozambique. También le pedía que se ocupara de la repartición de las posesiones que había heredado, de tal modo que pudiera recibir lo que le correspondía como viuda de Bejamim Castelo. Finalmente, le rogaba que entrara en contacto con la madre de Violante y le informara que, por voluntad expresa del marido antes de morir, ella quedaba encargada de efectuar todas las diligencias que le permitieran a la niña llegar a usufructuar todos sus derechos de hija. También le gustaría encargarse de la educación de la muchachita, en caso de que la madre estuviera de acuerdo, aunque esta continuaría siendo la única depositaria de la patria potestad.

Catarino da Silva se apresuró a responder la carta de Maria Adelaide. Le informó, entonces, que estaba plenamente de acuerdo con que ella se quedara en Portugal. Le prometió ocuparse con celeridad de la repartición de los bienes y, efectivamente, así lo hizo. Sólo que, sobornando a los funcionarios de la justicia, logró despojar a la viuda de todo cuando pudo y del modo más irrespetuoso. En cuanto a la pequeña Violante, fue categórico al responder que tal hija no existía, atribuyéndole las declaraciones del socio a alucinaciones propias de un moribundo.

Indignada, Maria Adelaide nunca más le escribió y resolvió ocuparse del asunto de la niña a través de gestiones judiciales. Así, Muaziza fue llamada a dar testimonio en un tribunal, pues dependía de ella la confirmación de que Violante era hija del fallecido Benjamim Castelo. Y, para espanto del juez, que conocía el caso, ella declaró que la niña era hija de un marinero blanco que había pasado por la Ilha y nunca jamás había regresado. De este modo, Violante perdió todos los derechos a la herencia de Benjamim Castelo.

Maria Adelaide nunca supo las razones que llevaron a Muaziza a rendir declaraciones falsas. Pues ella, Muaziza, se llevó hasta la muerte el recuerdo angustioso de esa hora decisiva en el destino de Violante. Fue en la oficina de Catarino da Silva donde ella, de pie, oyó lo que este, sentado en el escritorio, le decía en su «portugués para negros».

—Te mandé a llamar para decirte que Castelo murió —comenzó—. La mujer de él quiere quitarte a su hija. Quiere ir al tribunal y todo. Si tú quieres quedarte con la niña, tienes que decir en el tribunal que ella no es hija de Castelo. Si tú dices que es hija de Castelo, nunca jamás la volverás a ver. Yo te aviso porque me da tristeza que una niña así de pequeña se quede sin la mamá, ¡y lejos de todos! Por eso te estoy avisando. Si preguntan en el tribunal...

Y continuó dando recomendaciones en un tono suave, procurando incluso imprimirlas a las palabras un ápice de complicidad un tanto obsceno.

Muaziza no dejó de asombrarse de tan repentina preocupación, por parte de quien nunca había querido saber de ella ni de la niña. Pero no tuvo a nadie más que le supiera explicar las intrincadas y temibles leyes de los blancos. Y el pánico de perder para siempre a su hija la llevó a seguir los consejos que Catarino da Silva le había dado. Sólo más tarde se dio cuenta de sus verdaderas intenciones.

A esas alturas, Violante tenía ocho años. Pero ya experimentaba, a su medida, la inseguridad, los miedos, las violentas contradicciones inherentes a su condición de mulata colonizada. Y el sufrimiento que tal condición le causaba se fue volviendo casi insopportable con el transcurso de los años. Por eso, cuando nació Celina, su única hija, se juró a sí misma defenderla, a toda costa, de las humillaciones que le aguardaban por el único hecho de ser mulata. Y procuró cumplir tal

juramento, adoptando la estrategia que le pareció más adecuada para sus propósitos. En realidad, esa estrategia se resumía en proporcionarle a la hija el máximo grado de instrucción pues, en su entender, este era el único medio para garantizarle un mínimo de aceptación por parte de los señores de la tierra, o sea, los colonos. De dónde provenía tamaña convicción, ni ella misma lo sabía. Tal vez del hecho de no conocer a un solo mulato con nivel de educación superior a la primaria.

Consciente de que la instrucción de un hijo es una empresa costosa, doña Violante echó mano de su habilidad innata para la costura, y pasó noches y noches cosiendo para otros, con el fin de sumar algún dinero al magro salario de su marido. Cuando Celina completó los siete años, la matriculó en la Escuela Luís de Camões, la única existente en la Ilha. A partir de entonces, como la mala pronunciación del portugués era motivo suficiente para reprobar los exámenes, la madre le prohibió expresamente a la niña hablar *macua*, lengua que ella dominaba con fluidez y placer. Cumplía también un riguroso horario de estudio. Así, sin ser una niña especialmente dotada, gracias a la férrea disciplina que le imponían, concluyó con cierto éxito la instrucción primaria.

Animada por los buenos resultados alcanzados por la hija, y como el único liceo existente en la colonia se encontraba en Lourenço Marques, doña Violante persuadió al marido para que pidiera un traslado, con el fin de que Celina pudiera continuar con los estudios. No fue fácil para el pobre hombre, un humilde obrero de tercera clase, obtener el ansiado traslado. Además, sólo lo logró después de dos años de quejumbrosas y sumisas solicitudes y peticiones. La familia se mudó entonces para Lourenço Marques, y Celina pudo finalmente matricularse en el Liceo Salazar.

Destinado a satisfacer los intereses de los colonos, el Liceo refleja bien la segregación racial existente en Mozambique. En el séptimo grado, Celina y un joven indio son los únicos alumnos de color, y en todo el Liceo no hay un solo alumno negro. Durante los primeros años, Celina sólo deseaba pasar desapercibida en ese ambiente. Pero incluso así, era frecuente que leyera en la expresión de la mayoría de sus compañeros y profesores estos interrogantes:

«Pero ¿qué hace aquí esta mulata? ¿No sabe que este no es su lugar?».

Entretanto, el hábito de estudiar disciplinadamente jugó a su favor. En efecto, a pesar de que normalmente la clasificaban de manera injusta, debido al color de su piel, Celina siempre fue buena alumna. Y este hecho le granjeó, poco a poco, un mínimo de aceptación por parte de sus compañeros. Así, estimulada por esa dádiva tan inesperada, hoy es capaz de reírse, conversar y exhibir incluso una falsa comodidad ante los otros alumnos del Liceo. Sin embargo, no ignora que la aceptación que ellos le han demostrado tiene un límite. Y no puede superarlo sin que un gesto, una palabra o un súbito silencio le vengan a recordar el color de la piel.

Entretanto, doña Violante se va consumiendo alegremente, pega-
da día y noche a la máquina de coser para que no le falte dinero para
las mensualidades del colegio, los libros y la ropa de la hija. Y cuando
esta a veces se lamenta del desprecio o la indiferencia de los compa-
ñeros, la madre le responde en un tono de serena confianza:

—¡Estudia, hija! Sólo la educación puede borrar nuestro color.
¡Cuanto más studies, más pronto serás gente!

Y ahora, al contemplar una vez más el vestido que Celina llevará al «baile de los finalistas», ella ve en parte sus palabras confirmadas. En efecto, el «baile de los finalistas» del Liceo Salazar es considerado, todos los años, el mayor acontecimiento social de Lourenço Marques. Además de los profesores, los alumnos y sus familiares, a este sólo accede la más alta burguesía colonial, y cuenta con la presencia del propio gobernador general. A pesar de eso —piensa Violante—, ella, el marido y la hija, unos simples mulatos, estarán allá, gracias al hecho de que Celina ha llegado al séptimo grado.

Como haciendo eco a sus pensamientos, doña Celeste comenta:

—¡Lo que hace la educación! ¡Cuándo es que Violante habría podido soñar con ir al baile del Liceo Salazar! Pero como la hija logró...

—¿También vas? —interrumpe Leonor, con los ojos brillantes de excitación—. Muéstranos el vestido que vas a llevar, ¡deja ver!

Doña Violante va al cuarto a buscar el vestido, de crepé negro, muy sobrio, cuya única nota de color es la larga bufanda lila que lo acompaña.

—¡No te vas a quedar atrás de las blancas! —dice Leonor, mirándolo con aprobación.

—Valió la pena tanto sacrificio —afirma convencida doña Celeste.

Y en esa afirmación incluye el trabajo agotador, las noches sin dormir y las privaciones que su amiga se ha impuesto a sí misma para que Celina pueda estudiar.

—Los sacrificios todavía no se han acabado —anota con orgullo doña Violante—. Si Celina pasa, va a hacer un curso superior. Ya que llegó hasta aquí...

—¿Y cómo va a obtener un grado superior si en Mozambique no hay universidad? —pregunta doña Celeste.

—Se va para la metrópolis. Si ya llegó hasta aquí, ha de ir hasta el final —concluye doña Violante, volviéndose a llevar el vestido para el cuarto.

Las otras dos señoras no encuentran palabras para expresar la admiración por semejante espíritu de sacrificio.

—¿Es verdad que el gobernador también va al baile? —pregunta Leonor poco después, retomando la conversación del baile, tema de inagotable interés para ella.

—Él va todos los años —asegura doña Violante, con el ímpetu que le da el hecho de ser madre de una finalista.

Entonces las tres se ponen a comentar la vida privada del gobernador, un hombre indolente y venal, que sólo se distingue por su pasión desenfrenada por los caballos y las mulatas bonitas. Tiene el descaro de mandar a buscar a las amantes en el carro del gobierno y luego les da entrada al Palacio de la Ponta Vermelha, aunque, claro está, por la puerta trasera.

—Me da lástima de su mujer —critica doña Violante, frunciendo los labios—. Todavía si la engañara con otras blancas. Pero con mujeres de raza inferior, es muy difícil.

Doña Celeste y Leonor coinciden plenamente, pues ellas también están convencidas de la inferioridad de su propia raza, aunque esta última se vanaglorie de haber seducido a los maridos de muchas blancas. Y los comentarios sólo terminan cuando, ya cerca de la hora del almuerzo, ambas se despiden de doña Violante y le desean mucho éxito en el baile.

—Celina debe estar tan feliz —dice Leonor, al salir.

Mientras tanto, Celina se encuentra en el salón de honor del Liceo y no está tan feliz. Es una joven atractiva, en la pujanza de sus veinte

años. Tiene la gracia inconsciente y las formas bien marcadas de las mulatas. Sin embargo, no es bonita, debido a la expresión extraña de los ojos, simultáneamente desconfiados, duros y suplicantes. Ojos que reflejan el desasosiego del alma y, por eso mismo, desagradables de contemplar.

Los gritos y carcajadas de los alumnos del séptimo grado llenan el amplio recinto donde se realizará su baile y Celina procura integrarse al ambiente de animación propio de la víspera de una gran fiesta. Sin embargo, como siempre que se encuentra en medio de sus compañeros, la aflige una aguda sensación de estar sobrando y la alegría que exterioriza tiene, en el fondo, un sabor amargo. Concentrada en su tarea de confeccionar flores para adornar el salón, y consciente del papel absolutamente secundario que desempeña en este ambiente, se asusta cuando gritan su nombre a todo volumen.

—¡La alumna Celina de Sousa y el alumno Jorge Vieira son solicitados en la rectoría! —grita el jefe de los auxiliares que acaba de entrar en el salón.

Un silencio repentino acoge las palabras del funcionario que, irritado porque nadie le responde, las repite en un tono más solemne y ofendido. Sólo entonces Celina aparta las flores que está fabricando y, temblando íntimamente, se dirige al auxiliar. Mientras tanto, el espanto cede lugar al pánico, pues el rector sólo se digna convocar a los alumnos en casos muy graves. Y el hecho de que Jorge Vieira, único alumno de color además de ella, también haya sido llamado, no presagia nada bueno. Muertos de susto y un poco avergonzados, siguen ambos al auxiliar, dejando tras de ellos un bullicio de curiosidad.

—Aquí están los alumnos que el señor rector mandó a llamar —anuncia respetuosamente el auxiliar, mientras los hace seguir poco después al despacho del rector.

El rector está sentado en el escritorio y responde con un sutil movimiento de cabeza. Es un hombre seco y enjuto, y tiene el aire de quien está permanentemente molesto con las cosas y las personas que lo rodean. Parece tan distante y tan absorto en lo que está escribiendo que, por momentos, Celina duda de que él realmente los haya convocado.

—Tenemos que conversar —dice al fin el rector, mientras pone el bolígrafo encima del papel secante.

Celina y su compañero aguardan de pie, junto al escritorio, sin atreverse a mirarse entre sí.

—Quiero avisarles que no pueden ir al baile de los finalistas —prosigue tranquilamente el rector, mientras fija en los jóvenes su mirada ausente de mío.

Celina no puede creer lo que está oyendo. Las sienes le laten y una náusea incontrolable le adormece los sentidos. Difícilmente logra permanecer de pie, al oír la voz del rector, que resuena tan suave, tan distante...

—Sin duda ustedes comprenden —continúa—. Hay ciertas cosas a las que es necesario darles tiempo. Viene el señor gobernador general y algunas personas que no están acostumbradas a convivir con gente de color. ¡Y ustedes tampoco se sentirían a gusto en medio de ellos! Para evitar molestias de parte y parte, creemos que es mejor que ustedes no vayan al baile. Sería muy molesto que...

Celina y su compañero no se atreven a replicar, aplastados por esa voz pausada, distante, llena de autoridad. Únicamente desean que el rector dé por terminado su monólogo y los deje ir.

—Pueden salir —ordena al fin, y enseguida se pone otra vez a escribir.

Entretanto, en la casa de Celina, doña Violante y el marido almuerzan, mientras hablan nerviosamente sobre el baile del día siguiente, que ellos ven con una mezcla de orgullo y aprensión. La ausencia de la hija no los preocupa. Ella había avisado que probablemente llegaría más tarde por cuenta de los preparativos del baile. Así, están lejos de imaginarse que, mientras ellos almuerzan, la muchacha deambula por las calles, tratando de encontrar valor para enfrentarlos y repetirles lo que el rector le dijo. Además, desde que este afirmó, con su voz suave y distante, que ella no podía ir al baile de los finalistas, Celina se mueve en una semiinconsciencia de pesadilla. Después de dejar el despacho del rector, no regresó al salón de honor. Salió apresuradamente del Liceo y se puso a andar sin rumbo por las calles. Y cuando, cansada y un poco febril, regresa por fin a su casa, ya el padre se ha ido al trabajo y la madre está descansando en su cuarto.

Cuando, más tarde, doña Violante va a trabajar de nuevo en el cuarto de la costura, nota de inmediato la ausencia del vestido de Celina, que había dejado colgado. Sonriendo para sus adentros, se dirige al